

Léxico familiar redentorista de la PJVR

Las voces que componen este "léxico familiar redentorista de PJVR" se han escogido de acuerdo con la intuición del Secretariado General del PJVR.

Este léxico está destinado tanto a los animadores (sacerdotes y laicos) como a los jóvenes que viven la espiritualidad redentorista.

Con ellas, no se tiene la pretensión de ser exhaustivos o definitivos en orden a los temas que tratan, sino que quieren abordar de forma sintética algunas palabras que se repiten a menudo en el lenguaje de los sacerdotes y animadores que trabajan con los jóvenes.

Las voces se caracterizan por lo esquemático y cercano de su sentido. No se entra en disquisiciones puramente "clericales", sino que se quiere ofrecer un primer acercamiento a los conceptos del mundo redentorista.

Los autores, al elaborarlas, han tenido presentes tres constantes: facilidad del lenguaje; la espiritualidad y la historia de nuestra familia religiosa.

En cierto sentido, este trabajo es una obra abierta en cuanto que al elenco faltan muchos vocablos típicos de nuestra historia y tradición.

Este trabajo puede considerarse, por tanto, como un primer intento (que ha de completarse y afinarse con los años) de crear un fondo común. Podríamos considerar el esfuerzo realizado en este léxico como una especie de enciclopedia Wikipedia que todos cuantos la usen podrán perfeccionar añadiendo nuevas voces o bien mejorando las existentes.

Roma, 12 de marzo de 2008

Alfonso V. Amarante - Antonio Donato

Abandonados y pobres

La evangelización de los abandonados y de los pobres constituye la razón de ser de los Redentoristas. En efecto, el fin de la Congregación, como recuerdan las *Constituciones* desde el principio, es "seguir el ejemplo de Jesucristo Salvador en la predicación de la Palabra de Dios a los pobres, como Él dijo de sí mismo: Me envió a anunciar la buena nueva a los pobres" *Evangelizare pauperibus misit me*» (n. 1).

La espiritualidad, la vida fraterna y las propias estructuras de los Redentoristas quieren ser expresión de las "inequívocas palabras del Evangelio" que indican una "especial presencia" de Cristo en los pobres y exigen de los creyentes, por lo mismo, "una opción preferencial por ellos". Tratan de testimoniar, de esta forma, "el estilo del amor de Dios, su providencia, su misericordia"» (cf. *Novo milenio ineunte*, n. 49).

«"Quien es llamado a la Congregación del SS. Redentor - escribía S. Alfonso a los jóvenes Redentoristas - no será nunca verdadero seguidor de Jesucristo, ni se hará nunca santo, si no responde al objetivo de su vocación y no tiene el espíritu del Instituto que es el de salvar las almas, y las almas más destituidas de ayuda espiritual como son las pobres gentes del campo»" (*Opere* vol. IV, Turín 1847, 429-430).

El camino de fundador recorrido por Alfonso constituye para todos los Redentoristas un punto de referencia fundamental. Dejada la carrera de los tribunales, hizo del anuncio del Evangelio la razón de ser de su vida, dedicándose al servicio de los pobres y encarnándose entre los abandonados de su tiempo. Llegó a ser así, juntamente con sus primeros compañeros, comunidad evangelizadora entre ellos y por ellos.

Es el camino que los Redentoristas están llamados a recorrer continuamente: a través de una lectura evangélica de la realidad social y eclesial, se empeñan en discernir las situaciones y los contextos de pobreza y abandono para llegar a comprometerse con ellos de forma pronta y confiada. Esto hace que su apostolado "se caracterice, en efecto, más que por determinadas formas de actividad, por el dinamismo misionero; es decir, por la evangelización propiamente dicha y por el servicio en favor de los hombres y los grupos que para la Iglesia y por las condiciones sociales son más pobres y necesitados" (*Constitución* n. 14).

Se trata de situaciones objetivas de pobreza y abandono debidas a factores sociales y eclesiales que los Redentoristas se esfuerzan por denunciar

con franqueza: "La misión encomendada a la Congregación de evangelizar a los pobres comprende la liberación y salvación de toda la persona humana. Los congregados deben proclamar explícitamente el evangelio, solidarizarse con los pobres, y promover sus derechos fundamentales de justicia y de libertad, empleando los medios que son más conformes con el evangelio y a la vez más eficaces" (*Constitución* n. 5).

El acento se pone siempre sobre la necesidad de Evangelio. Los Redentoristas, en efecto, se sienten enviados de modo especial a "los que no han podido obtener aún de la Iglesia los medios suficientes de salvación; a los que no han escuchado nunca su mensaje, o no lo escuchan propiamente como "buena nueva"; y, finalmente, a los que sufren las consecuencias de la división de la Iglesia" (n. 3). Dicho acento, por tanto, se pone en la Iglesia como presencia y estímulo para que sea cada vez más fiel al mandato misionero (cf. Mt 28,18-20).

Sabatino Majorano

Alfonso María de Liguori

Alfonso María de Liguori nació en Marianella, barrio de Nápoles, el 27 de septiembre de 1696. Primogénito de una familia de aristócratas napolitanos, efectuó en casa los estudios literarios y científicos.

Encaminado precozmente a la carrera jurídica, a los 16 años se convirtió en Doctor en ambos Derechos, civil y eclesiástico, siendo a los 20 años un brillante abogado de los tribunales napolitanos.

El cambio en su vida llegó en 1723 cuando la pérdida de una importante causa lo llevó a dejar los tribunales para hacerse sacerdote. Ordenado el 21 de diciembre de 1726, emprendió enseguida un intenso apostolado en medio de los barrios pobres de Nápoles, entre harapientos y maleantes, comprometiéndose particularmente con las Capillas del Atardecer, con la catequesis y con la formación moral de la gente más sencilla. Como miembro de las Misiones Apostólicas se dedicó también a la predicación en otros lugares del Reino de Nápoles.

La salud fuertemente afectada por los esfuerzos apostólicos lo llevó a descansar a S. María dei Monti, en la meseta de Amalfi donde entró en contacto con los pobres campesinos y pastores faltos de toda asistencia espiritual. Esta experiencia dio a luz en el corazón apostólico de Alfonso al deseo de fundar un Instituto enteramente entregado a la evangelización de los pobres, dispersos en los campos y en apartados lugares rurales.

El 9 de noviembre de 1732, en Scala, SA, nació la Congregación del Santísimo Redentor. Con los primeros compañeros, Alfonso fue de lugar en lugar empeñando sus talentos humanos y espirituales en la conversión de los pecadores. La oración y la predicación formaron los pilares de su actividad misionera. Donde no llegó con la palabra, trató de llegar con los escritos. Sus obras, 111, alcanzaron un número extraordinario de ediciones. Las más importantes son: *La Teología moral*, *Del gran medio de la oración*, *Las verdades eternas*, *Las glorias de María*, *La práctica del amor a Jesucristo*.

En 1762 fue nombrado obispo de S. Agata dei Goti, y también en este cometido Alfonso empleó todo su ardor misionero trabajando sobre todo por la formación del clero. En 1775 dejó la diócesis y se apartó a Pagani donde murió el 1 agosto del 1787, a los 91 años de edad.

Fue canonizado por Gregorio XVI el 26 de mayo de 1839. El 23 de marzo de 1871 Pío IX lo declaró Doctor de la Iglesia y el 26 de abril del 1950 Pío XII lo declaró Patrono de confesores y moralistas.

Animador

Responsable de PJVR en una comunidad local o en un grupo de jóvenes. Es una persona que responde a la llamada de Dios anunciando el Evangelio a los jóvenes, comprometiéndose activamente como agente de pastoral juvenil. Evidentemente, es un cristiano que ha completado ya su Iniciación Cristiana. Después de haber recibido el don del Espíritu Santo en orden a la misión y el testimonio, elige el ministerio de la Pastoral Juvenil como cauce de profundización en la fe y en la construcción del Reino de Dios. Es una opción personal que enriquece la vida comunitaria y eclesial. Pero, al mismo tiempo, es un envío y misión que recibe de la Iglesia, a través de los responsables de la comunidad. La comunidad redentorista respalda su trabajo pastoral, después de haber discernido su idoneidad y haberle confiado este cometido pastoral tan específico.

La animación forma parte de la misión evangelizadora, que anuncia y ofrece la revelación de Dios a los jóvenes, desde el amor y la entrega de Cristo, y desde el amor y la entrega a los jóvenes. El Animador es una persona entusiasmada con su vocación a la misión, enamorada de la persona de Jesucristo y de su rostro reflejado en los jóvenes, enviada a evangelizar a los pobres y abandonados, inculturada en el mundo y lenguaje de los jóvenes, dotada de la capacidad de caminar junto a ellos, preocupada por su propia formación y conversión, inserta en la comunidad eclesial, abierta al futuro con esperanza. Esta tarea es confiada, en primer lugar, a los mismos jóvenes y, en segundo lugar, está animada también por adultos, laicos, religiosos y sacerdotes [redentoristas], que les ayudan a realizar su cometido.

La adecuada formación y capacitación del Animador es responsabilidad tanto de la propia persona llamada a este ministerio como de la comunidad redentorista, quien ha de velar porque el Animador adquiera los recursos, conocimientos y habilidades necesarios para su misión. Además, es imprescindible que sea una persona que sintonice con los jóvenes y con todo lo “joven”. Hay constantes – propias de la juventud – que todo Animador debe conocer a fin de que el anuncio de Jesucristo sea semilla fecunda en la vida de los jóvenes con los que se encuentra: el valor del amor, la cuestión del sentido de la vida, la fuerza atractiva de los proyectos. Reconocer a la juventud este valor y educar estas constantes, significa permitir que la pasión que siente por la vida no quede en un ideal vacío; significa ayudar al joven a realizar plenamente su existencia y a encontrar su puesto en la Iglesia y en la sociedad. En otras palabras, signifi-

ca ayudarle a descubrir y a vivir su vocación. Identificado con San Alfonso como modelo evangelizador, el Animador asume con fidelidad creativa el reto de encontrar los medios oportunos para que el joven, los jóvenes, se encuentren con el Redentor Resucitado. Siguiendo la tradición redentorista, desempeña su misión con sencillez y belleza, convencido de que los jóvenes están abandonados en muchos ámbitos eclesiales.

La misión del Animador exige realizar su trabajo con espíritu de comunión, creando vínculos de fraternidad con las demás vocaciones y con los demás animadores, participando en organismos de comunión (centros de Pastoral Juvenil y/o vocacional) Su trabajo pastoral, por tanto, no se agota en la propia comunidad de origen o de inserción, ya que, al mismo tiempo, forma parte de la PJVR (vice)provincial, regional y general. En este sentido, el Animador también desempeña su compromiso en la Misión Popular (Parroquial) Redentorista, en la Misión Joven y en otros proyectos semejantes que pueden surgir en diversos ámbitos de la Congregación.

Laureano Del Otero

Basilio Velykovskyj

Obispo de la Iglesia greco-católica ucraniana "clandestina", nació el 1 de junio de 1903 en Stanislaviv (Ivano-Frankivsk). En 1920 entró en el seminario de Aviv. Tras el diaconado fue admitido en la Congregación del Ss. Redentor. Ordenado sacerdote el 9 de octubre de 1925, se dedicó durante más de veinte años a las misiones entre la gente sencilla de aldeas y ciudades así como también fuera de la Ucrania Occidental.

El 11 de abril de 1945 fue encarcelado junto con el resto de la jerarquía greco-católica. Inicialmente fue condenado al fusilamiento; la pena, sin embargo, le fue conmutada por diez años de prisión.

Liberado en 1955, volvió a Lviv donde desarrolló clandestinamente la actividad pastoral. Nombrado Obispo en 1959, pudo ser consagrado sólo en 1963 en Moscú, en una habitación de hotel. El 2 de enero de 1969 fue encarcelado de nuevo y condenado a tres años de prisión, pero fue liberado pocos meses después debido a que enfermó de corazón.

El 27 de enero de 1972, las autoridades soviéticas no le permitieron volver a Lviv, sino que lo invitaron a irse a la hermana Yugoslavia. Tras una breve estancia en Yugoslavia, se dirigió a Roma donde fue recibido por Pablo VI el 8 de abril de 1972. El 15 de junio de 1972 marchó a Winnipeg, Canadá, donde murió el 30 de junio de 1973 a causa de una sustancia venenosa que hizo lentamente su efecto y que le fue suministrada antes de su partida para Yugoslavia.

Misal redentorista

Canto

El término canto se usó en todas las culturas si bien con características propias. Esto significa en la cultura musical moderna que viene constituido por *melodía* y *ritmo*. Estos dos componentes lo diferencian de una cultura a otra.

Bajo el punto de vista histórico, el canto se manifestó en primer lugar como expresión sagrada vinculada al culto (egipcio, mesopotámico, judío, griego, cristiano); más tarde, como expresión profana (canto popular, lírico, folklore, jazz, pop, etcétera).

Bajo el punto de vista vocal y técnico el canto – al menos en las culturas occidentales – se ha basado siempre en el apoyo diafragmático, que constituye para el mismo la posición más natural.

Bajo el punto de vista de la emisión, sólo el canto lírico y folklórico utiliza el registro de cabeza. Los otros tipos de canto utilizan predominantemente el registro de garganta o pecho.

La peculiaridad de cada voz, sea humana o instrumental, viene señalada por el *timbre*, la amplitud del *registro*, y el factor *intensidad*.

El canto es útil para todo. No todos, en cambio, saben emplear el aparato fónico para cantar correctamente. A la incapacidad de entonar de forma correcta se la denomina con el término de *desentonación*. Contrariamente a lo que se piensa, la desentonación puede llegar a corregirse fácilmente hasta conseguirse una recta entonación. La mayor parte de las veces, la causa de tal incapacidad de entonación no es ya tanto de orden fisiológico, cuanto de orden psicológico. Ayudar a un sujeto a superar la dificultad de la entonación significa, casi siempre, ayudarlo a confiar más en sí mismo.

Para cantar bien no es indispensable el conocimiento de la música. El canto es un fenómeno espontáneo como el hablar; puede mejorarse, en cambio, con el estudio. Se puede cantar bien tanto con conocimientos como sin conocimientos de música.

El canto sacro puede considerarse hoy también como litúrgico porque el Concilio Vaticano II (*Sacrosanctum Concilium*) señaló en la práctica sus cometidos. Anteriormente se diferenciaba entre canto *litúrgico* (utilizado exclusivamente en el ámbito de la liturgia y en la mayoría de los casos

con textos extrapolados de la liturgia) y el canto *Sacro*, utilizado predominantemente fuera del ámbito litúrgico.

Trasladando estos conceptos fundamentales al canto redentorista, podría afirmarse que el mismo, al menos el alfonsiano o directamente derivado del mismo, es rico en *melodía*; es sobrio en el *ritmo*, que nunca viene excesivamente marcado o llega a ser fuertemente popular; es de una amplitud limitada (algo más de una octava); es de *dinámica o intensidad* moderadas; se presta igualmente muy bien ya sea a una voz agradablemente lírica como a una voz elegantemente popular; se adapta a todos los timbres vocales; es de fácil entonación; se presta bien ya sea a una ejecución solista como coral; es utilizable tanto en un contexto litúrgico como en otro simplemente sacro; es ejecutable ya sea *a capella* ya sea con acompañamiento instrumental. Esta última manera es algo más preferible por la comodidad de la entonación y el mantenimiento, así como también por la potencialidad polifónico-imitativa que lleva a que sea más fácilmente ejecutable con un instrumento polivalente como el órgano, el armónium o simplemente el teclado.

Paolo Saturno

Carisma

El carisma (*tò chárisma*) es un don gratuito del Espíritu, un regalo, una gracia para el bien común, un servicio de la caridad, una opción particular de vida que edifica la Iglesia.

El apóstol Pablo en la *Primera Carta a los Corintios* (12, 4-7), hablando del único cuerpo de Cristo, la Iglesia, recuerda toda una variedad de carismas, destinados a desarrollarla. Hay, por tanto, diversidad de carismas – escribe – pero uno solo es el Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero uno solo es el Señor; hay diversidad de actividades, pero uno solo es el Señor que opera todo en todos.

A cada uno se le ha dado una manifestación particular del Espíritu para el bien común”.

Hoy se habla también, y quizás impropriamente, de la dialéctica entre "autoridad-libertad", "institución-carisma", dando a la autoridad o a la institución el sentido de algo que esclerotiza, mientras que al carisma se le da el sentido de libertad.

Los carismas derivan de Cristo, tienen que reflejar a Cristo, expresarse en forma de servicio, vivirse y ejercitarse en él, tender a él, seguirlo, cooperar a la unidad de su Cuerpo.

La estructura orgánica de la Iglesia crece, por tanto, mediante dones, servicios particulares, actividades pastorales, empeños y tareas eclesiales de las personas, en tiempos diferentes. Pablo, en efecto, enumerando los carismas, deja la "lista abierta". Da espacio a todos los dones, también a los más humildes, normales, ordinarios.

La Iglesia está y se percibe en la historia de la que toma nota los cambios y variaciones. De su seno nacen, según las necesidades, espíritus grandes, atrevidos, abiertos a "impulsar" a los demás hacia adelante para satisfacer las exigencias y los retos de los tiempos.

Los santos son aquellas personas privilegiadas en las que el Espíritu se manifiesta. A ellos se les da el don de una particular sensibilidad, atención a situaciones de necesidad y de acción para insuflar soplos de vitalidad en las estructuras de la Iglesia.

Esto acaece en el tiempo y por obra del Espíritu; es decir, el que haya una multiplicación de especiales carismas que hacen a los fieles "aptos y dispuestos a asumir responsabilidades diversas y útiles para la renovación de la Iglesia" (*Lumen Gentium*, 12).

Particulares vocaciones, congregaciones y órdenes religiosas, han surgido, por tanto, en la Iglesia, en diversas épocas de la historia para ofrecer una presencia específica, capaz de testimoniar el Evangelio, las bienaventuranzas, la misericordia redentora de Cristo en la Iglesia y en el mundo.

En el Setecientos – siglo marcado por corrientes jansenistas, por el rigorismo moral, por las prácticas místicas reservadas a unos pocos privilegiados, por la escasa apertura a la benignidad y a la misericordia de Dios Padre – el Espíritu Santo alentó a Alfonso de Liguori (1696-1787), sensible al pueblo, a los pobres, a los más “destituidos de auxilios espirituales, a los Lázaros en espera de alguna miga caída de la mesa de los ricos.

Él se sintió revestido de un mandato particular: “El Espíritu Santo está sobre mí; por eso me ha consagrado con la unción, me ha mandado a anunciarles a los pobres un alegre mensaje, a sanar a los contritos de corazón” (Lc 4, 18; Is 61, 1).

Siguiendo a Cristo Redentor, buen samaritano, va a los lugares más difíciles y olvidados a confortar a toda persona pobre, enferma en el espíritu, a sanar las heridas con el aceite y el vino de la misericordia. El 9 de noviembre de 1732 funda en Scala (SA) la Congregación del Santísimo Redentor con el fin de evangelizar entre los más abandonados y de favorecer la justicia y la promoción humana, solidarizándose con ellos y promoviendo sus derechos fundamentales. La opción por los pobres es la razón de ser de la Congregación en la Iglesia, el distintivo de su fidelidad, el centro aglutinante de la vida del Redentorista (cf. *Constituciones y Estatutos de la Congregación del Santísimo Redentor*, Roma 1982, 5).

Este carisma apostólico alfonsiano (intuición originaria), núcleo catalizador de la vida consagrada redentorista, pasa a través de la profesión de los votos religiosos misioneros, la observancia de las reglas - expresión de la voluntad de Dios - a convertirse en comunidad apostólica abierta y organizada, con sus puntos centrales: castidad, pobreza, obediencia, perseverancia, oración, despego, amor a Cristo y a la Virgen, evangelización de los pobres.

El carisma se concreta en una comunidad que “continúa” al Redentor y se convierte en centro dinámico de acogida e irradiación misionera. La misión de Cristo es la raíz profunda de la vida misionera. La espiritualidad debe buscarse en el Evangelio y en la voz viva de la Iglesia.

La fidelidad a la propia identidad debe releerse constantemente en el registro de la historia, en el diálogo con el mundo. Los cambios culturales exigen un servicio misionero a través de una respuesta puntual. Adhesión,

por tanto, al espíritu de Alfonso y a la tradición, pero también apertura y propuestas proféticas. Se trata de una fidelidad dinámica. Así, los santos y beatos del Instituto, modelos parecidos y diferentes al mismo tiempo, han encarnado, en situaciones particulares, el carisma del Fundador.

Entre éstos, recordamos a S. Gerardo Maiella (1726-1755), siempre junto a las madres, a los niños, a todos los necesitados de la misericordia de Dios; S. Clemente María Hofbauer (1751-1820), primer mensajero de los Redentoristas fuera de Italia, entre Varsovia y Viena, cercano a los pobres, pero también a los intelectuales; S. Juan Nepomuceno Neumann (1811-1860), evangelizador de los emigrantes en los Estados Unidos de América; el beato Jenaro Sarnelli (1702-1744), misionero en Nápoles entre los enfermos, ancianos y mujeres en peligro; el beato Pedro Donders (1809-1887), apóstol entre los leprosos de Batavia (Surinam); el beato Gaspar Stanggassinger (1871-1899), animador y guía de jóvenes hacia Cristo.

Para quien, por lo mismo, se siente llamado justamente según el espíritu alfonsiano a un particular compromiso apostólico, se encuentra "el carisma en el carisma": un modo personal, compartido por la comunidad, de vivir la llamada. Quien llama, con la mente y el corazón, a la puerta del Instituto redentorista no entra en el "pasado", en un entorno rancio, fuera del tiempo y fuera de lo que se lleva hoy día, si bien los Redentoristas tienen una única espiritualidad, históricamente configurada, que no puede minusvalorarse ni de la que tampoco se puede renegar.

Su carisma no es algo metafísico, impalpable. Es más bien, por el contrario, algo encarnado en la vida de muchos santos, beatos y siervos de Dios del Instituto. Aquí se encuentran nobles tradiciones, métodos de oración, devociones sólidas, ejemplos de vida ascética, estilos de vida que corresponden a las esperanzas, vivencias y anhelos transmisibles también a los demás.

Mirando a Cristo y a los pobres, el Redentorista se siente investido de caridad apostólica y ardor misionero; se abre a la inventiva, al dinamismo, a la valentía (cf. *ibid.*, 14-16); se alimenta de confianza, de esperanza y de amor (*ibid.*, 10), dispuesto al anuncio "*ad gentes*" (*ibid.*, 3). Se trata de un celo no fosilizado, sino abierto a la puesta al día, a la búsqueda teológico-pastoral.

El carisma alfonsiano ofrece todo esto. ¡Y no es poco! Los pobres del Evangelio son muchos, demasiados, siempre a la espera de palabras y de gestos de misericordia.

Alfonso Amarante

Celo

En el léxico común, la palabra celo indica entusiasmo, fervor, ardor que impulsa a preocuparse por un objetivo o por la difusión de un ideal. En el ámbito cristiano, indica el compromiso y el empeño que impulsa a una persona o a un grupo a glorificar a Dios a través del anuncio o la propagación y difusión de obras y otras cosas.

Este sustantivo se encuadra en el ámbito redentorista con matices de acento completamente particular; en efecto, en el transcurso del siglo XIX, cuando S. Alfonso fue declarado Doctor de la Iglesia, le fue atribuido el apelativo de "Doctor celosísimo", indicando con ello lo que más que otras cosas distinguió su existencia, o sea el celo misionero, el anuncio de la Buena Nueva.

En sus escritos, este término aparece a menudo cuando quiere que sus misioneros estén preparados pero, sobre todo, que sean celosísimos. Es a la muerte de Clemente XIV, en 1774, cuando, consultado por el cardenal Castelli, sobre las cualidades que el nuevo obispo de Roma debía poseer, Alfonso escribió: "Y, por tanto, es necesario rogar a Jesucristo que nos dé un Jefe de la Iglesia que, más que de doctrina y de prudencia humana, esté dotado de espíritu y de celo por el honor de Dios, que esté totalmente despegado de todo partido y del respeto humano; porque si alguna vez, para nuestra desgracia, hubiera un Papa que no tuviera sólo la gloria de Dios ante sus ojos, el Señor poco lo asistiría y las cosas, tal como están en las presentes circunstancias, irían de mal en peor (*Lettere*, II, 307).

Debido a su particularísima sensibilidad, Alfonso deseó que el misionero redentorista consumiera todas sus energías intelectuales y físicas en hacer llegar a todos los hombres el anuncio de la abundante redención dada a nosotros por Cristo.

Las propias Constituciones de la Congregación impulsan a los congregados a ser ardientes en el celo apostólico (n. 20), "en toda clase de pobreza – material, moral, espiritual – debe incitar su celo apostólico" (Estatuto n. 044).

Francesco Ansalone

Clemente María Hofbauer

Nació en Tasswitz, Moravia (República Checa), el 26 de diciembre de 1751. Clemente María Hofbauer, a causa de la muerte del padre, se vio obligado desde joven a trabajar como aprendiz de panadero. Se convirtió en sirviente del abad premostratense en Kloster Bruck (Znaim) y así pudo seguir la llamada al sacerdocio realizando el primer ciclo de sus estudios medios y, posteriormente, en Viena, los de catequética, filosofía y teología.

Durante este tiempo fue cada año como peregrino a Roma donde trató de entrar en algún instituto religioso.

De hecho, el 24 de octubre de 1784, con su amigo Taddeo Hübl, fue acogido entre los Redentoristas y ordenado sacerdote en Alatri el 29 marzo del 1785.

Tras algunos meses de estudio en la casa de Frosinone, volvió allende los Alpes, fundando la primera casa redentorista en Varsovia a la que siguieron otras en Polonia, Curlandia, Alemania, Suiza y Romanía, sometidas al Vicario General de la Congregación.

En Varsovia, donde vivió del 1787 al 1808, desarrolló con la colaboración de jóvenes de varias nacionalidades, un eficaz apostolado, promoviendo obras benéficas y consolidando la piedad de los fieles.

Obligado a dejar Varsovia a causa del avance de las tropas napoleónicas, pensó ir a Canadá, pero algunos acontecimientos lo recondujeron a Viena donde ejerció el apostolado hasta su muerte.

En 1813 fue nombrado rector de la iglesia de las Ursulinas y su confesor. Desde entonces, con el carisma de la dirección espiritual, de la predicación, de la confesión y del ejercicio de la caridad, convirtió y asistió espiritualmente a las gentes de todas las clases sociales. Con su actividad influyó en el Congreso de Viena, en la cultura de su tiempo y en todo el movimiento romántico.

El 15 marzo del 1820 murió en Viena. El 19 de abril, el emperador admitió a la Congregación en los Estados austrohúngaros, e incluso en Viena. Gracias a uno de los primeros compañeros de Clemente, el P. Passerat, la Congregación se difundió por el norte de Europa.

Fue canonizado por S. Pío X el 20 de mayo de 1909. Hoy es compatroño de Viena y Varsovia.

Misal redentorista

Comunidad

La comunidad es para los Redentoristas una exigencia fundamental de su apostolado e irrenunciable condición de vida. Las *Constituciones* la presentan como ley fundamental: " Para responder a su misión en la Iglesia, los redentoristas llevan a cabo su acción misionera de modo comunitario...Por consiguiente, es ley esencial de la vida de los congregados vivir en comunidad y realizar la obra apostólica a través de la comunidad" (n. 21).

Hacen propia la visión comunitaria de la salvación expuesta por la *Lumen Gentium*: "En todo tiempo y lugar son aceptos a Dios los que le temen y practican la justicia (cf. Hechos 10,35). Quiso, sin embargo, el Señor salvar y santificar a los hombres no individualmente y aislados entre sí, sino constituir un pueblo que le reconociera en la verdad y le sirviera santamente" (n. 9). Los Redentoristas se esfuerzan, por tanto, en testimoniar que sólo "el éxodo de la prisión del propio yo" (*Spe salvi*, n. 14) permite acoger y vivir la esperanza que en Cristo se nos ha dado.

La vida fraterna de los Redentoristas es esencialmente apostólica. No son por tanto las exigencias individuales de los miembros las que modelan las respectivas comunidades, sino, ante todo, las de la misión. Se dejan constantemente inspirar por las palabras de Cristo: "Como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean una cosa sola para que el mundo crea que tú me has enviado" (Jn 17,21).

Y esto, a todos los niveles, como subrayan las *Constituciones*: "La vida comunitaria se ordena a que los congregados, a ejemplo de los apóstoles (cf. Mc 3,14; Hch 2,42-45; 4,32), compartan en sincera comunión fraternal las oraciones y deliberaciones, los trabajos y sufrimientos, los triunfos y fracasos, y también los bienes temporales, todo al servicio del evangelio" (n. 22).

En los orígenes de la Congregación, la dimensión apostólica de la comunidad se subraya de modo particular. Para Crostarosa, la comunidad es "memoria viva" que tiene que recordar a todos la radicalidad del amor del Padre en Cristo y su proyecto de comunión actuados por el Espíritu. Para S. Alfonso, la comunidad se encarna entre los abandonados para estar totalmente al servicio de su evangelización mediante la irradiación y la acogida apostólicas; éste es el "distintivo absoluto" de la Congregación.

En coherencia con esta perspectiva, la comunidad redentorista quiere ser, en los diversos contextos, la Iglesia que se ofrece entre los abandonados, para que se experimente que no son tales para Dios. Esto lo hace com-

prometiéndose a todos los niveles a fin de "continuar el ejemplo" del Redentor: "Llamados a continuar la presencia de Cristo y su misión redentora en el mundo, los redentoristas eligen la persona de Cristo como centro de su vida y se esfuerzan por intensificar de día en día su comunión personal con Él. El mismo Redentor y su Espíritu de amor se hacen así presentes en el corazón de la comunidad para ir formándola y sustentándola. Pues cuanto más estrecha venga a ser su unión con Cristo tanto mayor será la comunión entre los mismos cohermanos" (Constitución n. 23).

Todo esto exige oración constante y confiada. La comunidad redentorista se empeña por vivirla y desarrollarla compartiéndola con los pobres y abandonados. Por esto, trata de aunar al mismo tiempo liturgia y piedad popular. Su ambición es ser escuela de oración para el pueblo, animándolo constantemente en la escucha y en la asimilación de la Palabra.

Debiendo estar preparadas para las nuevas situaciones de emergencia, motivadas por el rápido cambio de la sociedad, las estructuras de la comunidad redentorista deberán ser sencillas y, al mismo tiempo, eficaces; lo mismo debe decirse de su estilo de vida. Todo deberá ser pensado en orden a fidelidad al modo como el Redentor apareció entre nosotros, de forma que se pueda testimoniar a todos la radicalidad de su amor.

Sabatino Majorano

Confesión

En el lenguaje común, confesión significa admitir, públicamente o en privado, un error nuestro. En la jerga teológica, este término ha designado por largo tiempo el cuarto sacramento, el sacramento de la sanación espiritual.

Pero la confesión no es un acto mágico. Si no está adecuadamente preparada y no tiene una continuación, es ineficaz. No en vano, Alfonso, proclamado Patrón de los confesores y moralistas en el 1950, insertó la confesión en el centro del itinerario que todos los creyentes están llamados a realizar: la conversión.

Generalmente, la primera confesión que hacemos es la de la fe. Una vez escuchado el anuncio de la salvación de un Dios que está dispuesto a dar su vida para demostrarnos su amor, nuestro corazón se abre a una respuesta de amor. Pero nos damos cuenta enseguida que estamos lejos de él. Con la ayuda de la gracia, estamos llamados a realizar un recorrido que nos conduzca a la santidad; es decir, a asemejarnos cada vez más a Cristo, imagen viviente de Dios. Este recorrido tiene muchas etapas: 1. *El examen de conciencia*: poniendo nuestra conciencia al contraluz de Jesús, comprendemos que con muchas de nuestras actitudes, pensamientos, acciones, cometemos el mal. 2. *Arrepentimiento y propósito*: admitir sencillamente nuestros errores no basta. Empezamos a cambiar en serio cuando tomamos conciencia de que el mal cometido ha llevado consigo laceración y muerte para nosotros, para los demás, para el mundo. Es entonces cuando nos proponemos cambiar de vida. 3. *Confesión*: nos encontramos ya preparados para la segunda confesión: ante el sacerdote, pedimos perdón a Dios y a los hermanos por el mal cometido, y él, como buen médico, cura nuestras heridas, como buen amigo nos concede el perdón, como padre misericordioso nos devuelve la herencia que nos corresponde como hijos. 4. *Penitencia*: para demostrar que hemos cambiado efectivamente, nos preocupamos de reconstruir los aspectos de nuestra vida en los que hemos faltado aceptando el pequeño compromiso concreto que el sacerdote nos aconseja. 5. *Felicidad*: el amor de Dios es más fuerte que nuestras culpas. Él, con su gracia, nos da una nueva oportunidad de vivir la comunión con Dios y con los hermanos. La tercera confesión es la más bonita: alabamos al Señor porque nos ha readmitido a su casa, podemos dirigirnos a él llamándolo "Padre", podemos abrazar de nuevo a los demás como hermanos y construir juntos la Iglesia.

Releyendo este itinerario comprendemos que no tiene sentido una confesión de las culpas que no venga motivada por la confesión de la fe, y que no nos abra a la confesión de alabanza.

Francesco Visciano

Conciencia

Os pedimos que, por un momento, deis marcha atrás con la mente hasta llegar a ¡vuestra infancia! ¡Oh Señor! ¡Todavía ver hoy los dibujos animados! Sí, justo esos. Os pedimos que recordéis los dibujos animados. A lo mejor Tom & Gerry. ¿Habéis notado cómo, en los momentos más difíciles, cuando hay que tomar una decisión, aparecen sobre los hombros de Tom o Gerry dos figuras simpáticas, más pequeñas, pero semejantes a ellos? ¡Uno va vestido de angelito y el otro de diablillo!

¿Qué hacen estos dos enigmáticos personajes? Susurran, en el oído de los dos pobres, qué hacer. ¡Pero lo interesante es ver el contenido del mensaje del diablillo, opuesto totalmente al del angelito!

¿Y qué es ahora lo que ayuda a Tom y Gerry a decidir? ¿Qué les ayuda a entender qué es lo mejor que hacer?

¡Intentemos poner orden! El diablillo representa lo que nosotros definimos como *tentación*; es decir, una voz externa, persuasiva, envolvente, hechizante; en fin, algo cautivador que produce interiormente una especie de fuerte escalofrío y que nos atrae hacia él.

El angelito, en cambio, también es una voz, pero que está dentro de nosotros. Un sonido susurrante, profundo, dulce, aparentemente *más difícil de escuchar* porque el ruido que viene del exterior, con toda su fuerza encantadora, nos desorienta. Pero también porque esta voz nos dice, de modo fuerte y claro, qué hacer y qué, en cambio, evitar; en la mayoría de los casos, no nos gusta. A esta segunda voz damos el nombre de *conciencia*.

Para San Alfonso, la conciencia “es la regla próxima y formal de nuestro actuar”. Nuestras acciones, según el Doctor de la Iglesia, se guían por la ley divina que se define como *remota* o material, y por una ley *próxima* o formal que es precisamente la conciencia.

Dicho así parece difícil, pero probemos a razonar juntos...

Muchos de nosotros tienen ya el carné de conducir. Saben que, para poder conducir, ha sido necesario aprender además de una teoría, un código, un conjunto de señales y reglas que nos ayudan a entender qué hacer y cómo comportarse en las diversas situaciones. Por ejemplo, cuándo ceder el paso en un cruce, cuándo pararse y ponerse en marcha ante un semáforo, cómo conducirse en la autopista, etc... Cuando nos ponemos a

conducir nuestro bello coche y nos encontramos en un cruce, recordamos "remotamente" lo que hemos aprendido y lo llevamos a la práctica.

Pero los cruces no son siempre iguales; los vehículos no son siempre los mismos; las personas que los conducen varían. ¿Y entonces cómo nos comportamos? Repasamos rápidamente la situación y afrontamos de un modo nuevo y creativo, con "prudencia", el cruce, utilizando siempre lo que hemos aprendido, pero de modo diferente según la situación que tenemos delante.

Esta capacidad creativa y prudente, utilizando el lenguaje alfonsiano, es lo que definimos *ley próxima o formal* justo porque ésta da forma, en la situación concreta que se está viviendo, a la ley material o remota y a su contenido que, de otro modo, quedaría sin sentido. Tratad de pensar en quienes tienen el carné de conducir y no conducen. Tales personas han aprendido una "ley" pero no se esfuerzan en llevarla a la práctica.

Nos damos cuenta entonces cómo, para san Alfonso, es realmente importante el esfuerzo de la persona en hacer viva, de modo creativo, la Ley de Dios, sus mandamientos y las reglas que, de otro modo, incluso teniendo fuerza y vida en sí, quedarían como letra muerta para el hombre que no se empeña en conocerlos ni en vivirlos.

La capacidad creativa de la conciencia insiste en llamar, por tanto, a la persona a la responsabilidad de una formación para alejarse del ciego albedrío y *conformarse a la voluntad de Dios*. El juicio que expresamos sobre la realidad y en las diversas situaciones de la vida debe encontrarse siempre en Dios, cuya voz resuena dentro de nosotros mismos, el criterio para valorar correctamente lo que es el bien y lo que es el mal. Y, para hacer que esto ocurra, es necesario conocerlo cada vez más a Él y a su ley porque esto es lo que hace al hombre realmente hombre.

Antonio Donato

Dinamismo Apostólico

Cuando alguien acepta conscientemente una tarea que se le confía, pone en marcha enseguida todas sus energías para realizarla. No espera de modo fatalístico que se lleve a cabo por sí sola, sino que acude a sus recursos personales para realizarla del mejor modo posible. Si la tarea la ha recibido conjuntamente con otros, tendrá que unir sus recursos personales a las de la comunidad.

El redentorista pertenece a una Congregación que se esfuerza por llevar a cabo, mediante iniciativas atrevidas y serio empeño, el mandato misionero recibido. En efecto, la Congregación redentorista es llamada por Dios a cumplir fielmente su obra misionera y, al realizarla, sigue la evolución de los tiempos. Mandato misionero para el Redentorista es siempre el anuncio del Evangelio, de modo especial a los pobres. La liberación y salvación integral del hombre forman parte del anuncio del Evangelio; es ésta la obra salvadora a la que está llamado.

Esta misión exige plena conciencia y libre adhesión. El redentorista tiene que estar libre y dispuesto para esta misión, bien en orden a los destinatarios a los que tendrá que dirigirse, bien en orden a los medios que tendrá que emplear. Con fantasía y sagacidad tratará de descubrir nuevas vías para llevar el Evangelio a toda criatura (cf. Mc 16, 15).

Queda como deber, por tanto, la búsqueda continua de iniciativas apostólicas "siempre nuevas", bajo la guía de la legítima autoridad; él sabe que no puede dejarse vincular a formas y estructuras que ya no hacen "misionera" su actividad.

El apostolado de la Congregación redentorista, en efecto, se caracteriza más que por determinadas formas de actividad, por su dinamismo misionero; es decir, por la evangelización específica y por el servicio ofrecido a aquellos grupos de hombres y mujeres que están más abandonados y pobres debido a las condiciones espirituales y sociales.

Se puede decir que el Evangelio siempre es el mismo, pero el modo de anunciarlo tiene que "ser siempre nuevo" para poder alcanzar a la persona en su propio tiempo y en sus propias situaciones. Para poder hacer esto, el redentorista tiene que mantener en continuo fermento sus energías y los dones recibidos de Dios, rechazando toda lógica de satisfacción. El redentorista anuncia, sin cansarse, la Palabra de Dios para que los hombres se conviertan y crean en el Evangelio.

Este movimiento dinámico expresa el celo pastoral del redentorista. Demuestra el ardor misionero siendo proclamador del Evangelio porque el primer deber de la Iglesia sigue siendo el predicar el Evangelio a quien todavía no lo conoce. S. Alfonso deseó ardientemente predicar el Evangelio a los infieles, a los paganos.

Por tanto, todo género de pobreza material, moral y espiritual, tiene que estimular el celo apostólico del redentorista y su dinamismo. Él tiene que poner en marcha todas sus capacidades, no rechazando incluso "enfrentarse" a los "hijos de este mundo", los que están más dispuestos que los "hijos de la luz" según la advertencia de Jesús (Lc 16,8).

Frente a las necesidades de nuestro tiempo, el redentorista está llamado a imitar el celo apostólico de su santo Fundador, teniendo presente la fluida fantasía de San Clemente y considerando como modelo de celo pastoral a San Juan Neumann y a todos los demás Santos, Beatos y Mártires de la Congregación.

Salvador Brugnano

Discernimiento

El término literalmente significa ensayar, analizar, distinguir para aclarar, valorar de modo justo antes de decidir, lograr elegir. En el mundo griego, el término designó la función de examinar las monedas de oro y plata para ver si eran auténticas e idóneas como medio de cambio. En la cultura cristiana, el discernimiento indica el dinamismo vital para vivir el evangelio de Jesús, para valorar con sabiduría y prudencia los acontecimientos y los hechos, para atenerse a la voluntad de Dios. El evangelio invita a escudriñar el propio corazón para reconocer lo que realmente nos mueve: si es el bien o lo que viene de lo malvado. Hoy, por discernimiento entendemos la capacidad de leer la misma vida a la luz de la Palabra de Dios.

El tema del discernimiento se expone a diversos niveles. Comúnmente, se habla de **discernimiento moral** para indicar la capacidad de entender qué se nos pide; qué es el bien para nosotros en las diversas situaciones y qué, en cambio, tiene que ser evitado. Hay, además, el **discernimiento espiritual**, que expresa la vida bajo la guía del Espíritu. Su objetivo es el descubrimiento de la voluntad de Dios en la vida y la adquisición de la mentalidad de Cristo. Finalmente, el **discernimiento vocacional**, cuyo objeto es la llamada de Dios. Esto aspira a ayudar a la persona a descubrir la propia vocación.

El discernimiento se presenta como un conjunto de momentos y de pasos articulados que hacen a la persona capaz de comprender la propia luz de Dios. Esto exige una escucha atenta, una comprensión profunda de sí mismos y de la realidad, una gran humildad y claridad para poder descifrar los signos de los tiempos y localizar los signos de la voluntad de Dios.

San Alfonso está convencido de que Dios manifiesta a cada hombre su voluntad y lo guía de modo misterioso por el itinerario de la vida para que pueda discernir lo que Dios quiere realmente de él. Según nuestro santo, existe una variedad de factores que inducen a una decisión "según el querer de Dios". Alfonso no habla en sus obras del "discernimiento", pero prefiere subrayar la importancia de cerciorarse sobre la voluntad "divina" para realizar el plan divino de salvación. Para poder conocer la voluntad de Dios, se necesita, pues, vivir con empeño y confianza el propio estado de vida, soportar las dificultades, y orar para permitirle a Dios actuar a fin de comprender paso a paso su designio. Para verificar la voluntad de Dios es necesario que el creyente establezca un diálogo con el propio padre espiritual y que, juntos, comprendan la voluntad de Dios.

La PJVR indica el discernimiento como el camino necesario e ineludible para los jóvenes que se encuentran en vías de búsqueda y para responder personalmente a la llamada de Dios, cualquiera sea ella y para decidir el propio futuro. El joven, para tener claridad sobre su cometido en la vida, está invitado a descubrir las propias capacidades naturales. Todo ello en el respeto a la conciencia y a la libertad de la persona. El animador redentorista tiene que hacer de modo que cada etapa del proceso de crecimiento de los jóvenes esté marcada por una adecuada opción realizada en un clima de discernimiento.

Todo redentorista, cuando se encuentra por motivos del ministerio apostólico entre los hombres, está invitado a estar atento a descubrir y a discernir los dones que el Espíritu dispensa a muchos jóvenes. El medio mejor y más eficaz para el discernimiento es la oración, la escucha, el testimonio de vida y el celo apostólico.

Pietro Sulkowski

Encarnación

Todo el misterio de la encarnación se encierra para S. Alfonso en una sola palabra: Amor.

Dios está locamente enamorado del hombre. Y cuando éste, con su desobediencia merece ser alejado del paraíso, el corazón de Dios queda lacerado. Por justicia, el hombre es alejado debido a que ha traicionado la confianza, la amistad, la alianza con Dios y, desde ese momento, tendrá que rescatar con el sudor del trabajo, y con sacrificios (inmolaciones) su vida.

¿Pero quién puede devolver la plena justicia a Dios? Sólo otro Dios, estando a su altura y siendo de igual dignidad. ¿Cómo podrán, por tanto, los sacrificios del hombre alcanzar la dignidad debida y devolver la justicia a Dios? Con sus solas fuerzas, el hombre no podrá comprarse la dignidad de ser igual a su Creador.

Si el hombre no puede convertirse en Dios, es Dios, entonces, el que se hace hombre para poder permitir al objeto de su amor, el hombre, llegar a la justicia y a ser rescatado tanto como dice el término latino, redimido. A este sacrificio de amor es el propio Hijo de Dios quien se propone a sí mismo, convencido de que sólo un darse totalmente por amor puede reabrir el corazón del hombre hacia Dios.

El Hijo de Dios podría encarnarse en un hombre perfecto, ya formado, como lo fue Adán, y aparecer en toda su majestad y potencia, según la idea del Mesías esperado por Israel. Pero Dios no quiere aterrorizar al hombre o atraerlo a sí con la fuerza o el miedo de castigos eternos. Quiere que sus amados vuelvan a Él en un impulso de amor como el enamorado lo hace con su novia. La encarnación, por tanto, tiene que ser la imagen de la ternura de Dios. ¿Y qué imagen más tierna que la del niño que para su crecimiento necesita caricias, cariño y atención amorosa?

Dios se hace pequeño para hacernos grandes, baja a la tierra para hacernos subir al cielo. La encarnación es el "*tiempo de los amantes*". Para comprender este misterio es necesario que también nosotros nos hagamos niños, porque el corazón de los niños no sabe tener rencor ni odio y olvida enseguida las ofensas padecidas. Y aunque hayamos sido largamente pecadores, Cristo, acogiéndonos, nos perdona y nos rescata porque "*el eterno Padre no sabe despreciar la sangre de Jesucristo que paga por nosotros*".

En la encarnación, el Hijo de Dios, de adulto se hace pequeño, de pobre siervo, débil, asume no sólo las culpas del hombre para rescatar al hombre con su sangre, con su misma vida inmolada sobre la cruz, sino también para ayudarlo en su camino de renacimiento interior que debe llevarlo a amar con el mismo amor con que Dios lo ama. Con su ejemplo, quiere hacer comprender al hombre que un corazón que ama debe darse todo a todos, vencer las propias pasiones, así como el afán de las riquezas, la soberbia y el amor de los placeres mundanos, a fin de poder abrir su corazón hacia los propios hermanos y, por tanto, al propio Dios que ama a todos en igual medida.

Dios, a quien nadie puede vencer, ha sido vencido por el amor y este amor lo ha llevado a hacerse hombre y a sacrificarse por amor del hombre.

Antonio Pupo

Espiritualidad redentorista

¿Qué se entiende por espiritualidad? Para responder a tal pregunta tenemos que dejarnos guiar por una perícopa de S. Pablo a los Romanos donde habla de una "vida según el Espíritu" (cf. Rm 8, 1-12). Para el cristiano, "vivir según el Espíritu" es dejarse mover, inspirar, conducir del Espíritu que movió, inspiró, y guió a Jesucristo.

La espiritualidad cristiana tiene su principal y preciso punto de referencia en la persona de Jesucristo. Es esencialmente una experiencia personal y comunitaria de Dios en Cristo por obra del Espíritu Santo. No se da, por tanto, vida cristiana sin vida espiritual.

Como se comprende, por espiritualidad se entiende, ante todo, no una especie de concepto abstracto y teórico, sino una expresión de vida y compromiso personal con la historia de la Iglesia y del mundo. En el contexto de continuos cambios culturales y religiosos de la sociedad, el Evangelio se expresa históricamente en una variedad de propuestas que han dado origen a muchos modos de vivirlo y testimoniarlo. Entre éstos, se encuentra la espiritualidad redentorista.

Desde su fundación, la Congregación del Santísimo Redentor ha entrevisto y difundido algunos aspectos peculiares de su vida espiritual dejándose conducir y sustentar por el testimonio y las enseñanzas del fundador S. Alfonso.

Centro de la espiritualidad redentorista es Cristo Redentor, tal como se presenta sobre todo en el misterio de la Encarnación, Pasión y Resurrección celebradas en la eucaristía: "Llamados a continuar la presencia de Cristo y su misión redentora en el mundo, los redentoristas eligen la persona de Cristo como centro de su vida y se esfuerzan por intensificar de día en día su comunión personal con Él" (Const. n. 23).

La centralidad de Cristo Redentor impulsa a los Redentoristas a ser testimonio vivo de la continuación de su misión de salvación en el mundo; pues la misión da unidad a toda su vida.

Esta fuerza aglutinante se llama "vida apostólica que comprende a la vez la vida de especial consagración a Dios y la actividad misionera de los redentoristas" (Const. n. 1). La finalidad apostólica impregna toda la vida de los congregados. Todo está en función del anuncio del Evangelio, caracterizado por un fuerte dinamismo misionero hacia aquellos hombres y aquellos grupos que están más abandonados y son más pobres debido a las condiciones espirituales

y sociales (Const. n. 14). Los Redentoristas, pues, se hacen presentes donde el abandono espiritual de la gente es más grave.

El corazón de este anuncio es la abundante Redención: la proclamación del amor misericordioso de Dios que en Cristo alcanza a todo hombre. Esto contempla la conversión, la radical opción por Cristo, expresándose en un camino de fe proyectado hacia la maduración de la vida cristiana, ya sea personal ya sea comunitaria.

Los Redentoristas viven en comunidad una realidad esencial para su misión: vivir en comunidad y desarrollar la actividad apostólica junto a la comunidad. La comunidad no es solamente un lugar donde ellos rezan y viven juntos, sino que ella misma es una proclamación continua del Evangelio. Siguiendo el ejemplo de S. Alfonso, su opción por los abandonados se realiza viviendo, con celo apostólico, entre el pueblo y acercándose a la gente con la sencillez de la vida y de la palabra. La Virgen María, procediendo en el camino de fe y abrazando toda ella el mismo proyecto de salvación de Dios, es el modelo de todo redentorista. Ella siempre ha colaborado y sigue colaborando con la Redención, socorriendo perpetuamente, en Cristo, al pueblo de Dios (Const. n. 32).

Una representación simbólica de la espiritualidad redentorista se puede ver en el escudo de la Congregación: la cruz con la lanza y la esponja colocada sobre tres montes; a los lados de la cruz, los anagramas de los nombres de Jesús y María; sobre la cruz, un ojo con rayos luminosos; encima, la corona. Alrededor del escudo se lee: "*Copiosa apud Eum Redemptio*" (Salmo) 129: (Abundante en él es la Redención).

Maurizio Iannuario

Eucaristía

La eucaristía es el sacramento del sacrificio de Jesucristo y, por tanto, constituye la cumbre y el manantial de la vida de la Iglesia y de la evangelización.

La centralidad de la eucaristía emerge de toda la tradición redentorista que bebe en las obras del fundador San Alfonso María de Liguori, particularmente del opúsculo *“Del sacrificio di Gesù Cristo con una breve dichiarazione delle preghiere che si dicono nella Messa”* (Del sacrificio de Jesucristo con una breve aclaración de las oraciones que se dicen en la Misa), la espiritualidad para conocer, celebrar y vivir el misterio de Cristo Redentor.

La eucaristía se debe considerar desde el doble aspecto de sacrificio y sacramento.

- *En la eucaristía está presente el sacrificio de Jesucristo como memoria del sacrificio de la cruz, del que es "continuación."*
- En el reconocimiento de la eucaristía como sacrificio no dejan de tenerse en cuenta los elementos de los sacrificios del Antiguo Testamento, especialmente el pascual, cuyas notas (oblación) inmolación, consumición, participación, se hallan en la celebración de la Misa.
- La celebración de la Misa es sacrificio de alabanza y agradecimiento, pero sobre todo de propiciación y de purificación, donde Dios perdona las culpas y reconcilia a los pecadores consigo.
- El sacrificio eucarístico es la plenitud del misterio de la salvación. La Eucaristía compendia todas las intervenciones de Dios, desde la Encarnación a la parusía, y a la eucaristía hacen referencia todos los demás sacramentos.
- La eucaristía es el sagrado banquete que une íntimamente a Cristo, conserva y perfecciona la vida espiritual, anuncia y prepara la resurrección y la gloria. Por tanto, la celebración se completa con la comunión a la que naturalmente tiende. La comunión frecuente, y también cotidiana, asegura una vida sacramental plenamente participada.
- De la eucaristía proviene toda la perfección de la vida espiritual: para los sacerdotes que deben celebrarla siempre dignamente, para los religiosos que tienen que unirse al misterio la oferta de su vida, para los laicos ocupados de la familia y de la sociedad.

- La celebración de la eucaristía, para ser fructuosa, exige "devoción"; es decir, preparación (conocimiento del misterio y preparación inmediata) y acción de gracias, meditación y prolongación en el día.
- La presencia eucarística de Cristo continúa después de la celebración. De ésta deriva la adoración al Sacramento, necesaria para quien quiere llevar una vida cristiana inspirada en la liturgia, sobre todo para quien es llamado al sacerdocio y a la vida consagrada.
- El sacrificio eucarístico alimenta la gracia del Bautismo, participado y vivido, con la que el creyente impregna la realidad cotidiana que vive.
- Siendo sacramento del amor, en la eucaristía se contiene el ser amados y el amar a los hermanos con la misma caridad de Cristo, volviéndose, como él, pan partido para la vida del mundo.
- Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera. Por esto, la eucaristía no es sólo manantial y cumbre de la vida de la Iglesia, sino también de su misión.
- La primera y fundamental misión que proviene del Misterio celebrado es el testimonio de la vida.

Ciro Vitiello

Formación Espiritual

La formación espiritual es ante todo un itinerario de continua semejanza a Cristo en el amor, más que un conjunto de proyectos e intervenciones diversas.

S. Alfonso sintetiza claramente este proceso diciendo que: "la cumbre de la santidad y de la perfección es amar a Jesucristo... verdadera perfección es amar a Dios de todo corazón" (*Pratica di amare Gesù Cristo*, in *Opere Ascetiche*, vol. I, Roma 1933, cap. I, p. 1).

Por tanto, todo auténtico camino espiritual tiene que ser necesariamente una "vida en Cristo", tiene que conducir hacia él, "centro y sentido de la propia existencia". Sólo así se podrá vivir una vida plena, realizada y totalmente transformada en la caridad.

Para un Redentorista, la formación espiritual es una prioridad de la que no puede prescindir, porque sabe que cuanto más se esfuerce por adherirse a Cristo tanto más será llamado a continuar su presencia y su misión redentora en el mundo.

Nuestras Constituciones invitan a cultivar un espíritu de contemplación para desarrollar y reforzar la fe y para hacerse cada vez más dóciles a la acción del Espíritu Santo que no deja nunca de obrar para conformarnos a Cristo (*Constituciones* 23-25).

Naturalmente, para alimentar y sustentar este proceso de adhesión y transformación en Cristo es necesario beber del manantial original que es la Palabra de Dios. "Por eso, los congregados, como ministros de la revelación del misterio de Cristo entre los hombres, frecuentarán y harán suya esta Palabra viva y vivificante, tanto por la asidua lectura divina, como por las celebraciones comunitarias" (*Constitución* 28). Otras fuentes indispensables son la plegaria, la oración mental, la liturgia, los sacramentos y, de modo particular, la celebración eucarística, manantial y cumbre de toda la vida apostólica del Redentorista.

La "vida" en el Espíritu es una exigencia primaria, porque en ella el Redentorista halla la propia identidad y la serenidad profunda que lo llevará a encontrar y a defender los necesarios tiempos de oración, de silencio, de soledad y de adoración así como de todos aquellos itinerarios espirituales que puedan nutrir y sustentar el espíritu misionero, la caridad apostólica y la continua búsqueda de nuevas vías para la evangelización de los hombres más abandonados de nuestro tiempo.

Antonio Perillo

Francesco Javier Seelos

Francisco Javier Seelos nació el 11 de enero de 1819 en Füssen, Baviera, Alemania.

Manifestando desde joven la aspiración al sacerdocio, tras los estudios filosóficos entró en el seminario diocesano.

Una vez que conoció el carisma y la acción misionera de la Congregación del Santísimo Redentor, decidió formar parte de la misma y partir para Norteamérica.

Llegado a los Estados Unidos el 20 de abril de 1843, entró en el noviciado y una vez concluidos los estudios teológicos, recibió la ordenación sacerdotal el 22 de diciembre de 1844.

Inició su ministerio pastoral en Pittsburg, Pensilvania, como vicepárroco del cohermano S. Juan Neumann, llevando a cabo, al mismo tiempo, la tarea de maestro de los novicios y dedicándose a la predicación misionera.

En los años siguientes fue párroco en diversas ciudades y formador de los estudiantes redentoristas. Considerado un experto confesor y guía espiritual y un pastor siempre disponible con alegría y solicitud a ayudar en las necesidades de los pobres y los abandonados, en 1860 fue propuesto como candidato a obispo de Pittsburgh. Conseguida la exoneración de tal responsabilidad por el Papa Pío IX, se dedicó a tiempo pleno a la actividad misionera itinerante, predicando en inglés y en alemán en los estados de Connecticut, Illinois, Michigan, Missouri, Nueva Jersey, Nueva York, Ohio, Pensilvania, Rhode Island y Wisconsin.

Nombrado, finalmente, párroco de la iglesia de Santa María de la Asunción, en Nueva Orleans, Louisiana, murió el 4 de octubre de 1867, a la edad de 48 años y nueve meses, de fiebre amarilla contraída por socorrer a los enfermos.

Su Santidad Juan Pablo II lo beatificó el 9 de abril de 2000.

Misal redentorista

Gaspar Stanggassinger

Gaspar Stanggassinger nació el 12 enero del 1871 en Berchtesgaden; fue el segundo de 16 hijos. El padre, hombre apreciado, era un campesino con una cantera propia.

Gaspar maduró desde pequeño el deseo de llegar a ser sacerdote; a menudo entretenía a sus hermanos y hermanas con prédicas y procesiones.

A la edad de diez años fue a Freising, a la escuela, pero encontró notables dificultades, tantas que amenazaban con tener que abandonar los estudios. Logró ir adelante con notable esfuerzo y oración. Durante las vacaciones de verano reunía a jóvenes alrededor suyo con la intención de formarlos en la vida cristiana.

En 1890, tras el examen de madurez, entró en el seminario diocesano de Freising. En este tiempo comprendió que el Señor lo llamaba a vivir su vocación en un estado diferente al diocesano.

En 1892, tras una visita de los misioneros Redentoristas, decidió seguirlos. Entró en el noviciado de Gars el mismo año, a pesar de la oposición paterna, y en el 1895 recibió la ordenación sacerdotal.

Su intención era predicar el evangelio a los pueblos más abandonados; en cambio, los superiores lo quisieron formador de los futuros misioneros.

Además de la enseñanza, no dejó nunca de prestar su ayuda pastoral a las aldeas cercanas. A pesar del mucho trabajo, siempre estuvo disponible; los chicos no veían en él a un superior, sino a un hermano.

Fue gran devoto de Jesús Eucaristía; invitaba a todos a acudir al Santísimo Sacramento en las necesidades y en las ansiedades. Su predicación, a diferencia de la práctica de su tiempo, no infundía terror, sino que era sencilla y estimulaba a la confianza, a la caridad fraterna y a tomar en serio la vida cristiana.

En 1899 fue encargado como director del nuevo seminario de Gars. Tras haber predicado un curso de ejercicios a los seminaristas y haber participado en la apertura del nuevo año escolar, murió el 26 septiembre del mismo año, a los 28 años, a causa de una peritonitis.

Solía decir: "Los santos tienen intuiciones especiales; para mí, que no soy ningún santo, lo que es importante son las verdades sencillas de siempre: Encarnación, Redención y Santísima Eucaristía".

Fue proclamado beato por Juan Pablo II el 24 de abril de 1988.

Misal redentorista

Gerardo Maiella

Nació en Muro Lucano (Potenza) el 6 de abril de 1726 en el seno de una familia humilde. Su padre, Domenico, y su madre, Benedetta, eran fervientes cristianos. En su escuela, Gerardo aprendió el amor a la oración y al sacrificio. Habiendo quedado muy pronto huérfano de padre, y siendo el único hijo varón, tuvo que proveer a las necesidades de la familia trabajando como sastre. A los 14 años pidió entrar en el convento de los Capuchinos donde se encontraba su tío materno, pero fue rechazado por su inestable salud.

Tras una breve experiencia como criado del obispo de Lacedonia, volvió a ser sastre, pero con escaso provecho.

En abril del 1749, demostrando una tenacidad y una determinación no comunes, logró que lo aceptaran los Redentoristas que predicaron una misión popular en Muro.

Tras un período de prueba y el año de noviciado, pasados en la casa de Deliceto, hizo la profesión religiosa el 16 de julio de 1752.

A pesar de observar fielmente la Regla, iba por ahí limosneado en los pueblos de los alrededores para acudir a las necesidades materiales de la comunidad.

Su presencia entre las personas que sufrían penurias y eran ignorantes, sometidas a las epidemias y a las crisis de las cosechas, era vista como una señal de esperanza. Gerardo comprendía su estado de ánimo y daba a todos un signo de confianza en el amor y en la misericordia de Dios.

Vivió en la Congregación durante 5 años como hermano coadjutor, distinguiéndose por el celo apostólico, la paciencia en las enfermedades, la caridad hacia los pobres, la profunda humildad en el tiempo de una infamante calumnia, la heroica obediencia, las penitencias y la constante oración.

Escribió numerosas cartas de dirección espiritual y un "Reglamento de vida".

El Señor lo favoreció con carismas, entre los cuales se encontraba el de profecía, el escrutar los corazones y el don de los milagros. Murió el 16 de octubre de 1755 en Materdomini, Avelino.

Fue beatificado por Leo XIII el 29 de enero de 1893 y canonizado por Pío X el 11 de diciembre de 1904.

En el sentir popular, la figura siempre cercana de Gerardo Maiella es vista como signo de patrocinio, particularmente para las mamás, los niños y las parturientas.

Misal redentorista

Guía espiritual

Con este término podemos indicar, generalmente, a quien ofrece una ayuda espiritual para hacer la voluntad de Dios. El apelativo *guía* le hace a uno imaginar un recorrido, por lo que el guía espiritual es una persona que acompaña por las vías del Espíritu, estimula la maduración en fe del dirigido, conduce hacia el descubrimiento de la voluntad de Dios.

Para el cometido de guía también se usan otros términos como: *padre espiritual, director, maestro, acompañante...* Muchos reafirman hoy que el guía espiritual es ante todo un hombre del Espíritu. Su papel va ligado a la acción del Espíritu Santo en la persona a la que acompaña.

El servicio de guía espiritual es uno de los ministerios más delicados que existen en la Iglesia. Es llamado "arte de las artes". Este ministerio de sostén espiritual exige precisas cualidades personales, una cierta formación y madurez, una experiencia espiritual relevante.

En la visión alfonsiana, el medio privilegiado del itinerario cristiano es la dirección espiritual. Ella representa una ayuda necesaria en el itinerario espiritual, un medio importante para recorrer la ruta de la perfección: un buen guía conduce a la persona hacia la santidad. Alfonso aconseja la dirección a todos los laicos y la recomienda fuertemente a todos los religiosos. Él está convencido de que no se puede progresar en la vida espiritual y alcanzar la santidad sin la ayuda de otro. Por tanto, el cometido primero del guía espiritual es acompañar a las almas desde el camino de la conversión a la perfección de la santidad.

El papel del guía espiritual consiste en hacer más seguro el camino del creyente hacia la santidad y hacia la uniformidad con la voluntad divina. Por lo que el objetivo de la dirección espiritual, según Alfonso, es la santidad, la perfección; o sea, el desarrollo de la vida interior hasta su plenitud. El objetivo consiste en el crecimiento del amor hacia Cristo y en la conquista gradual de la santidad. Las reglas, las leyes o los consejos de los guías representan los medios tangibles por los que es posible discernir la llamada de Dios y realizar la santidad.

Alfonso atribuye un gran papel a la acción del guía espiritual. Incluso piensa, más bien, que el guía representa al propio Dios, verifica la voluntad divina y asegura el camino del fiel, al tiempo que lo ayuda a corregir los defectos.

Para Alfonso, las características del guía espiritual son: la ciencia, la experiencia, la benignidad, la santidad de la vida personal. El santo encomienda a quien quiere ser conducido, la oración para encontrar un buen guía espiritual.

La PJVR ve al guía espiritual como el que es capaz de ayudar a los jóvenes a tomar conciencia de la necesidad de un acompañamiento personalizado para la maduración y la realización del Proyecto de Vida. El redentorista es llamado a madurar una visión contemplativa de la vida, de tal forma que haga al joven redescubrir la riqueza de su mundo interior. Esta visión presupone buen ojo o bien la capacidad de escudriñar las almas de las personas en búsqueda de respuestas a su vocación. Sólo las directrices espiritualmente profundas serán capaces de ayudar, discernir y orientar hacia la verdadera decisión vocacional. Para tener esta vida profunda, es necesaria una actitud de oración, de reflexión sobre la Palabra de Dios, de continua conversión, una vida virtuosa, etcétera. Para los Redentoristas, el ministerio de guía espiritual tiene que ser un cometido luminoso y valorado. Frente a muchos interrogantes del mundo de hoy, los congregados están llamados a estar disponibles a este servicio (cf. *Estatuto 024*).

Pietro Sulkowski

Iván Ziatyk

Sacerdote y vicario general de la Iglesia Greco-católica ucraniana, nació el 26 de diciembre de 1899 en Odrekhova (Sjanok, Sanok) en Galizia. Tras el colegio en Sjanok, entró en el seminario de Peremyshl en 1919 y fue ordenado sacerdote en 1923. De 1925 a 1935 fue prefecto y profesor de teología en el seminario de Peremyshl. El 15 de julio de 1935 entró en los Redentoristas. Tras el noviciado, enseñó teología y escritura en el estudiantado de Gholosko (Lviv). En enero de 1948 fue nombrado viceprovincial y vicario general de toda la Iglesia Greco-católica ucraniana.

Arrestado el 24 de enero de 1950, durante casi dos años vivió en las cárceles de Zolochiv, Lviv y Kiev. El 21 de noviembre de 1951 fue condenado a diez años de trabajos forzados y transportado a los campos de concentración de Ozerlag (Ozernyj) en Siberia. El Viernes Santo de 1952 fue cruelmente torturado a palos. Murió a los tres días, el 17 de mayo, en uno de los hospitales del lugar.

Misal redentorista

Joven

Destinatario de la PJVR. A modo de orientación, persona entre 16 y 30 años. En el proceso de vida cristiana, persona que asume personalmente la fe y se compromete con ella de forma creativa y coherente, entre el final de la Iniciación Cristiana y la elección vocacional de vida.

No todos los jóvenes son iguales. Para evangelizar a los jóvenes es necesario conocer y discernir el tipo de sociedad al que pertenecen, ya que la sociedad condiciona la vida de los jóvenes, lo mismo que la vida de todas las personas que la constituyen. Los jóvenes, en todas las épocas, son fiel reflejo de los valores que guían a la sociedad que, no podemos olvidar, han construido los adultos con sus opciones. Por otro lado, ser joven siempre implica una forma diferente de vivir a la de los adultos. El joven se caracteriza por un planteamiento vital peculiar, muy diferente de otras etapas del desarrollo de la vida humana. Este planteamiento tiene como objetivo alcanzar una identidad propia y original.

La vida joven siempre es un despertar a todas las dimensiones que la realidad ofrece como camino de construcción del propio futuro. Su corazón está despierto a la vida, a la amistad y el amor profundo, a la emoción, a la preparación y cualificación, a las grandes sensaciones, a las experiencias límite y a la impresión de las historias (reales e irreales). Al mismo tiempo, conectan con relativa facilidad con grandes causas y con ofertas de transformación social, aunque eso no garantice su implicación en ellas. El joven es idealista por naturaleza, abierto al futuro y con capacidad de riesgo. En esta característica se esconde, también, una cierta apertura a la trascendencia. Además, el joven posee otro ritmo vital, que le identifica como tal en el conjunto de la sociedad. Sus prioridades, gustos, horarios y actividades se corresponden con esa etapa de la vida. Por lo general, se encuentra a medio camino entre la estética y la ética, preocupado por la imagen y la aceptación de los demás como forma de inserción en la comunidad humana.

En la Iglesia no siempre encuentra un espacio en el que poder vivir la fe acorde con su forma de ser y expresarse. Aunque el hecho es que no faltan jóvenes en la Iglesia que descubren en el Dios de Jesucristo una llamada a ser feliz y solidario. El Joven tiene necesidad de Cristo Redentor. Pues si su máxima aspiración es alcanzar una vida plena y feliz, Cristo responde absolutamente a su más alta aspiración.

Los jóvenes tienen un papel muy importante en la Iglesia: consiguen renovar a la comunidad cristiana, y cuestionar aquellos elementos que van haciendo menos radical su testimonio y misión. Son, por tanto, para los Redentoristas un desafío y, al mismo tiempo, una urgencia. Un desafío porque en ellos la expresión del Evangelio es espontánea y reveladora de una nueva forma de vida cristiana. Una urgencia, porque los jóvenes están abandonados por la actividad pastoral de muchas comunidades cristianas, y necesitan espacios para la reflexión, la convivencia y la oración. La PJVR, en consecuencia, es un espacio adecuado para que el joven descubra el sentido de su vida y su vocación. Por esta razón, es una prioridad para los Redentoristas.

Finalmente, el Joven no es sólo destinatario de la PJVR; también está llamado a ser agente, animador, misionero. Por tanto, subsisten al mismo tiempo dos modalidades de presencia del joven en la PJVR: una, como destinatario, otra como agente.

Laureano Del Otero

“Joven” frente a “Joven adulto”

En todo el mundo, los términos "Joven" y "Joven adulto" tienen significados diferentes en el ámbito de la pastoral. En Europa, la categoría de "Joven" se ha referido siempre a hombres y mujeres de edades comprendidas entre los 18 y 35 años.

En América del Norte, en cambio, el término "Joven" se aplica con frecuencia a jóvenes de edades comprendidas entre los 14-17 años, en tanto que quienes se encuentran comprendidos en edades que van de los 18 a los 30 años son considerados "Jóvenes adultos". En Estados Unidos, sin embargo, se entiende a menudo que entre dichos "Jóvenes adultos" pueden encontrarse incluso quienes tienen 35 años. Parece que algunos "Jóvenes adultos" son equiparables en el afianzamiento de sus opciones y decisiones de vida a los de edades más tempranas. La clasificación de "Joven" y "Joven adulto" parece, por consiguiente, que ayuda a identificar las necesidades tanto sociológicas como pastorales de grupos comprendidos en ambos abanicos de edades al tiempo que ayuda a ver cómo responder mejor, desde un punto de vista sociológico y pastoral, a las necesidades pastorales de ambos grupos.

Santo Arrigo

Juan Nepomuceno Neumann

Juan Nepomuceno Neumann nació en Prachatitz, Bohemia (República Checa) el 28 de marzo de 1811. Estudió teología en el seminario de Budweis. Entusiasmado por la vida misionera y deseoso de llevar a las almas a Cristo, decidió dejar la patria para dedicarse a los inmigrantes europeos en América, faltos de ayuda espiritual.

Fue ordenado sacerdote por el obispo de Nueva York, y enseguida se prodigó en la atención pastoral de las vastas zonas que circundan las cataratas del Niágara.

Deseoso de vivir en una comunidad religiosa que respondiera mejor a su afán misionero, entró en la Congregación del Santísimo Redentor. Fue un incansable misionero, preocupándose en particular por los inmigrantes alemanes, primero en Baltimore y luego en Pittsburgh. Desarrolló el cargo de viceprovincial de los Redentoristas desde 1846 a 1849, cuando fue párroco de la iglesia de S. Alfonso en Baltimore. En 1852, a los 41 años, fue nombrado obispo de Filadelfia. Influyó grandemente en la vida religiosa de los Estados Unidos fundando escuelas católicas y promoviendo el culto a la Eucaristía. En dos años, el número de alumnos en las escuelas parroquiales pasó de 500 a 9.000. Fundó un nuevo Instituto: las Monjas de la Tercera Orden de san Francisco. En el breve espacio de 7 años construyó 89 iglesias, varios hospitales y orfanatos.

Digno hijo de San Alfonso, hizo, como él, voto de no peder nunca el tiempo. Fue un obispo santo e incansable. Visitó ininterrumpidamente la vasta diócesis; llegó a recorrer hasta 40 kilómetros de montaña a lomos de un mulo sólo para confirmar a una niña enferma.

El 5 de enero de 1860, a los 49 años, murió de repente de un infarto en una calle de Filadelfia.

Beatificado durante el Concilio Vaticano II, el 13 de octubre de 1963, fue canonizado el 19 de junio de 1977. En la homilía de la canonización, Pablo VI resumió la actividad del nuevo Santo en estas palabras: "Estuvo cerca de los enfermos, quiso encontrarse con los pobres, fue amigo de los pecadores y ahora constituye la gloria de todos los emigrantes".

Misal redentorista

Laico

En el lenguaje eclesial, el término laico indica a una persona que pertenece al pueblo de Dios pero que no “pertenece” a la jerarquía eclesial (véase la voz: **religioso**). En los textos del Nuevo Testamento el término laico no aparece explícitamente, pero en él se reconoce la experiencia de los primeros cristianos que dan testimonio del Evangelio ante el mundo.

En el período histórico de San Alfonso tenemos a las fraternidades o sociedades: asociaciones de laicos, canónicamente erigidas, con estatutos propios. Desarrollan obras de caridad asistiendo a los cofrades enfermos y realizando sufragios por las almas de los difuntos. En las grandes cárceles asisten a presos y a condenados a muerte, erigen hospitales para los enfermos pobres y hospitales para los peregrinos que se dirigen a Tierra Santa o a Roma, en visita a la tumba de San Pedro.

Una especial atención al laicado parece que llevó a cabo la labor desarrollada por nuestro san Clemente María Hofbauer, en particular en el último período de su vida cuando se establece en Viena (a comienzos del '800): trata de comprometer a los laicos en sus múltiples tareas apostólicas para influir de manera más profunda y duradera en la sociedad europea de su tiempo.

En la segunda mitad del siglo XX, gracias al Concilio Vaticano II, los laicos comienzan a encontrar una "dimensión vital" en la que expresar sus dones. La exhortación apostólica de Juan Pablo II *Christifideles laici* ofrece impulsos explícitos que manifiestan profundas transformaciones capaces también de convertir a los laicos en protagonistas de la acción salvadora que la Iglesia expresa en su actividad pastoral.

Siguiendo este impulso del Espíritu, también nuestra Congregación comienza a pensar y a definir la figura del Misionero Laico como colaborador activo y partícipe de la vida apostólica de la Congregación redentorista para un real y mutuo enriquecimiento. Los Misioneros Laicos son fieles laicos, hombres o mujeres, casados o no, de fe madura y de testimonio coherente que, llamados por el Espíritu a seguir más de cerca a Cristo Redentor, deciden compartir la espiritualidad y la misión de la comunidad redentorista; eligen una forma estable de asociación; es decir, de colaboración y de participación en su vida apostólica; se comprometen a trabajar en la misión redentorista laicalmente; es decir, "desde su condición de vida, en sus deberes o circunstancias y a través de todas estas cosas" (cf. LG, n. 41). La comunidad redentorista pone a disposición de los laicos la riqueza y la fecundidad de su patrimonio espiritual y material.

Los Misioneros Laicos inician un camino de discernimiento que los lleva al redescubrimiento de su vocación bautismal con la capacidad de responder a ella con prontitud y generosidad; a la experiencia de imbuirse de la espiritualidad y de la misión redentoristas. La comunidad de los Misioneros se compromete a construir un provechoso diálogo: cada redentorista es impulsado a acrecentar su interés por el mundo del laicado para que pueda enriquecerse de todo lo que el Espíritu Santo gratuitamente otorga a su persona.

Signo visible de tal camino de crecimiento comunitario será el dedicar la propia vida a los abandonados, sobre todo a los marginados de la sociedad y a los que viven un estado de pobreza sea material sea espiritual. Es empeño de la comunidad redentorista, junto con los laicos, encontrar "estrategias" pastorales más aptas para responder a las muchas necesidades del contexto social en que viven. ¡Evitarán adaptar esquemas "preestablecidos"! Animados enteramente del carisma alfonsiano, se empeñarán en encontrar aquellos itinerarios de evangelización de los pobres que tengan como objetivo llevar a cabo una praxis misionera donde los propios pobres serán coevangelizados por ambos. Los misioneros y los laicos redentoristas, según la escuela del Evangelio, comprenderán y vivirán cada vez mejor las riquezas que Dios ha sembrado en los surcos de la humanidad.

Sobre tales instancias, desde hace ya cerca de 20 años en la Congregación, se ha iniciado una experiencia muy estimulante que agrupa a los laicos según diversos títulos: como asociados, colaboradores, voluntarios, misioneros laicos, etcétera. Algunos de estos laicos, después de un amplio discernimiento, se asocian a la Congregación de forma pública por un juramento. Ellos comparten con los Redentoristas: el carisma, la espiritualidad y el apostolado.

Aldo Savo

Libertad

"Mamá, esta tarde salgo. ¿Puedo regresar después de medianoche?" "¡No! Es demasiado tarde". "¡Papá, mañana necesito el coche! ¿Puedo usarlo?". "¡No! Tienes el carné de conducir desde hace poco y es demasiado peligroso". "¿Profesor puedo ir al baño?" "No, ya has estado hace una hora". "¡Uff! ¿No soy libre para hacer nada?"

Cuántas veces repiten nuestros labios una frase de este tipo: "No soy libre para..." "Siempre hay alguien que me dice no..." "No puedo hacer nada..." Si pudiera lo haría, pero mi madre me prohíbe..."

El problema concierne a nuestra libertad o, por lo menos, a lo que nosotros pensamos que es libertad. A menudo, entendemos la libertad como posibilidad de satisfacer los propios caprichos, impulsos, deseos. Hacer lo que nos gusta sin preocupaciones y sin límites...

¡Pero la *libertad* es algo más! En una de sus obras más importantes, Bernhard Häring, teólogo redentorista, afirma que la libertad, aquella con la "L" mayúscula, no puede confundirse con la licencia para poder hacer cualquier cosa descuidando el hecho de que la libertad no es nunca lo contrario de la responsabilidad.

Queriendo precisar el sentido de libertad, pues, podríamos definirla como la capacidad de disponer creativa y responsablemente de sí mismos y del propio futuro. Creativamente, porque teniendo nosotros razón, a diferencia de los animales que se guían por el solo instinto, el hombre puede actuar de modo siempre "nuevo". Puede introducir en la cadena normal de los acontecimientos algo imprevisible y que no existía antes. *Responsablemente porque no se puede hablar de libertad sin responsabilidad*. Es, en efecto, la responsabilidad la que ayuda al hombre a superar el nivel del instinto y a escoger el propio proyecto de vida viviendo como protagonista el propio tiempo.

La libertad, pues, es un valor dinámico. Una realidad en continuo movimiento. Un camino de "liberación" de los condicionamientos internos y externos, que los psicólogos llaman *libertad - para*, para alcanzar la plenitud de la libertad: es decir, la libertad para crecer en la responsabilidad en vistas a un proyecto que realizar en la vida, capaz de centrar toda la existencia.

Entonces, no son los "no" los que ponen en tela de juicio nuestra libertad. Quizás la condicionen o, todavía mejor, nos condicionen. Pero son justamente los

"no y sus hermanos" los que nos ponen ante la necesidad de decidir y, por tanto, de ejercer de modo responsable o irresponsable nuestra libertad. Un mandato positivo o negativo, según sea, nos invita a decidir sobre la realidad y sobre nosotros mismos... Tras la expresión "¿qué tengo que hacer?" entran siempre en juego bien sea la responsabilidad del momento que estoy viviendo, y en el que estoy llamado a decidir *aquí y ahora...*, sea la responsabilidad de mi vida en su totalidad..., *mi futuro...* ¡Nosotros somos el fruto de nuestras elecciones!

Antonio Donato

María

La devoción a la Virgen, Madre de Dios (*theotókos*) y madre nuestra, ha arraigado en el corazón de la Congregación del Santísimo Redentor y ha sido heredada íntegramente de la tradición de la Iglesia, de la doctrina y del corazón de Alfonso de Liguori, expresión de su piedad y experiencia religiosa. La Congregación, por tanto, tiene una fisonomía del todo cristológico-Maríana. Alfonso, con su vida, predicación, y escritos, ha cantado por doquier *Las glorias de María* (Nápoles, 1750), junto al gozoso anuncio de la abundante redención.

Como María, madre de misericordia, todo Redentorista está llamado a desvelar a los pobres el rostro de Dios, rico en misericordia, en una relación de amor confiado, filial y, al mismo tiempo, temeroso.

En el Setecientos, siglo transido de jansenismo y de un culto restrictivo a la Virgen (cf. *Della regolata devozione de' cristiani* de L. A. Muratori, 1747), Alfonso ha sido el apóstol generoso y "maximalista" del culto Mariano. "No oscurece la gloria del Hijo – solía decir – quien honra mucho a la Madre".

En 1730, en Scala (SA), en la "Gruta de las revelaciones", escucha la voz de María que lo llama a fundar un Instituto para la evangelización de los más abandonados. En el Instituto redentorista la Virgen es venerada particularmente bajo dos títulos:

- *Inmaculada*, verdad en la que Alfonso creyó firmemente cien años ya antes de la definición del dogma y que sustentó en su primer y más célebre de los discursos (cf. *Le Glorie di María*, en *Opere ascetiche*, VII, 9-43). También hizo voto de defenderla hasta la sangre y la declaró celestial patrona del Instituto;
- *Virgen del Perpetuo Socorro* (Virgen de la Pasión), cuya imagen les fue confiada a los Redentoristas por Pío IX en 1865 para darla a conocer y a amar en el mundo. El título interpreta de modo emblemático el carisma del misionero redentorista, constantemente ocupado en la evangelización.

"Las santas misiones, de otro lado, no son sino una continuada redención que el Hijo de Dios está haciendo en el mundo a través de sus ministros... (*Constituciones del 1764*, I, 1).

"Para responder a este sublime mandado interpongan los méritos y la intercepción potente de María y de los ss. Apóstoles que, con la beata Virgen, son los principales protectores de todos los misioneros, especialmente de los de nuestro Instituto" (*ibid.*, I, 5).

Eternamente predestinada, María ha abrazado, desde el sí de la anunciación hasta el Calvario, el proyecto redentor de Dios, convirtiéndose en Corredentora y auxiliadora del género humano. Los Redentoristas, como María, están libres y prontos "al servicio" de la redención, en plena disponibilidad para los más pobres, para los más pecadores.

En las misiones populares itinerantes, junto al predicador, no tiene que faltar nunca la imagen de la Virgen ni la predicación sobre su materno patrocinio. Es ella quien predica la "misión" - recordaba Alfonso a menudo.

El mismo escudo de la Congregación lleva los monogramas de Jesús y María (*Estatutos Generales del 1982*, 6). También el estilo de vida del redentorista vuelve a evocar este culto mariano. En cada habitación, habitada por los cohermanos del Instituto, debe haber una imagen de María.

El hábito religioso, crucifijo al pecho y el rosario en el lado izquierdo (*Constituciones de 1982*, 45, 4) son signos de identificación de la espiritualidad redentorista (*ibid.*). Así, la meditación asidua sobre textos marianos, el rezo diario del rosario, las pequeñas mortificaciones del sábado y de las vísperas de las fiestas litúrgicas de la Virgen (*ibid.*, 32), la recitación de un Ave María antes del comienzo de un trabajo, confirman la sólida y, al mismo tiempo, tierna devoción a la Virgen. Alfonso se colocaba con devoción el escapulario de la Virgen del Carmen y difundió esta práctica. Además, encomendó a los congregados predicar cada sábado sobre la Virgen, la sabatina. Posteriormente, esta tradición se ha visto muy condicionada por la liturgia de la misa vespertina de las fiestas.

María, perfectamente unida a Cristo Redentor, solidaria con las personas a salvar, verdadero icono y principio de la Iglesia, modelo de perfección y vida para todos, esperanza viva, mediadora de todas las gracias, abogada ante Dios, es la imagen que compendia la vida del apóstol redentorista.

María, finalmente, se propone a los jóvenes, particularmente hoy, como "la Madre más madre", como respuesta a la crisis que envuelve sus vidas, con todos los peligros. María no es algo alejado o inalcanzable, frágil, irreal, sino más que nunca hija joven, única y especial de la familia humana. Verdadera juventud es la inocencia del corazón.

María, invocada como Inmaculada, llena de gracia, se revela Perpetuo Socorro, se revela constantemente proclive a acoger, a proteger y a confortar a quienquiera que entre a formar parte de la gran familia redentorista.

Alfonso Amarante

Metodij Dominik Trčka

Nació el 6 de julio de 1886 en Frýdlant nad Ostravicí, Moravia (actual República Checa). En 1902 entró en el noviciado de los Redentoristas de la Provincia de Praga y el 25 de agosto de 1904 emitió la profesión religiosa. Al terminar los estudios fue ordenado en Praga el 17 de julio de 1910.

Dedicó los primeros años del sacerdocio a las misiones populares. En 1919 fue destinado a trabajar entre los greco-católicos de la región de Halic en Galizia y, por tanto, en Eslovaquia, en la eparquía de Prešov donde desarrolló un intenso trabajo misionero. En marzo de 1935 fue nombrado por la Congregación para las Iglesias Orientales visitador apostólico de las monjas basilianas de Prešov y Užhorod.

Con la erección de la Viceprovincia redentorista greco-católica de Michalovce, el p. Trka fue nombrado viceprovincial el 23 de marzo de 1946. Enseguida se impuso el cometido de la fundación de nuevas casas religiosas y de la formación de los jóvenes Redentoristas.

En la noche entre el 13 y el 14 de abril de 1950, el gobierno checoslovaco suprimió todas las comunidades religiosas. Tras un proceso sumario, el 21 de abril de 1952 fue condenado a 12 años de cárcel durante los que padeció ex-tenuantes interrogatorios y terribles torturas.

Trasladado a la prisión de Leopoldov en abril de 1958 murió el 23 de marzo de 1959 a causa de una pulmonía contraída en la celda de castigo donde fue encerrado por haber cantado un himno navideño.

Enterrado en el cementerio de la prisión, tras la restauración de la Iglesia greco-católica, su cuerpo fue trasladado el 17 de octubre de 1969 por los cohermanos a Michalovce donde actualmente descansa en la iglesia redentorista del "Espíritu Santo".

Su Santidad Juan Pablo II lo proclamó Beato en la plaza de S. Pedro el 4 noviembre de 2001.

Misal redentorista

Misión

El término misión significa literalmente "envío". En el mundo antiguo, por misionero se entendía al soldado que, a caballo, recorría kilómetros y kilómetros para llevar una carta o sencillamente noticias. El origen teológico del término, en cambio, es la traducción latina de la palabra griega apóstol. El apóstol era el que, una vez aceptada e interiorizada la enseñanza de Cristo, era enviado entre los judíos y los paganos a anunciar el "Reino de Dios".

En el proyecto de S. Alfonso y de sus primeros compañeros, la comunidad redentorista es una comunidad apostólica que "sigue" al Redentor entre los abandonados predicando la Palabra. La evangelización de los abandonados también es hoy la clave interpretativa de todas las opciones de la Congregación. La misión, en el sentido clásico del término; es decir, como forma de apostolado, es una forma de fidelidad a esta intuición.

Para Alfonso, todos los hombres son llamados a la santidad. Ella consiste en el amor hacia Dios y en la uniformidad a su voluntad. El hombre, en su fragilidad, durante el camino terrenal puede alejarse de Dios. En la óptica redentorista, la misión es una forma de apostolado que permite, por la predicación de la Palabra, volver a Dios. Misión es, por tanto, toda forma de apostolado entre los abandonados.

La metodología misionera se desarrolla de modo que vaya a alentar las esperanzas y a ayudar a las necesidades de los abandonados. La misión redentorista es un encuentro pastoral con los abandonados donde ellos viven. Ella es una intervención pastoral extraordinaria allí donde no llega la pastoral ordinaria.

La actividad misionera redentorista se basa en determinadas palabras como:

- 1. Misiones**, llevan a cabo el anuncio de la palabra de Dios entre los más abandonados, entre los que están privados de ayuda espiritual, particularmente el pueblo de los campos y los caseríos.
- 2. Misión popular**: se habla de misión "popular" ya que el lenguaje, el estilo utilizado por los misioneros, el horario de los actos tienen que acomodarse a las exigencias de estos "últimos".
- 3. Misión parroquial**: con esta expresión se entiende el apostolado que los Redentoristas llevan a cabo en las propias comunidades. Éstas tienen que ser centro de acogida, de catequesis y de oración.
- 4. Predicación**: se basa principalmente en el amor redentor que Dios da a través de su hijo Cristo Jesús.
- 5. Vida devota**: los misioneros enseñan algunos actos para conservar la fe y los frutos de la misión como la visita al SS. Sacramento, la recitación del santo rosario, etc.
- 6. Re-**

novación misionera: una vez anunciada la salvación en una ciudad, los Redentoristas vuelven allí después de un tiempo para consolidar el bien obrado y las conversiones realizadas.

Todo religioso redentorista, ya sea que trabaje en tierras de misión (ciudad o nación de otro continente) ya sea que ejerza su ministerio en una comunidad, está motivado por la conciencia del deber de evangelizar a los más abandonados.

Alfonso V. Amarante

Muerte

En el léxico moderno la palabra muerte es esencialmente negativa y evoca con tristeza el fin de cada cosa y de cada vida. Numerosas reflexiones filosóficas han intentado una racionalización de ella a lo largo de la historia.

En la visión alfonsiana de la muerte podemos notar enseguida, y de forma clara, el aspecto negativo de la misma y, por consiguiente, lo que esta negatividad comporta; o sea, la conclusión, querida o no, de la existencia terrenal que en los escritos del santo parece, a veces, tener un valor sólo negativo al describirla como la triste conclusión de la vida humana. En el lenguaje alfonsiano, la muerte implica también otro aspecto; o sea, la conversión y la fugaz oportunidad para el cristiano de tener en cuenta el tiempo, el presente para poder prepararse al encuentro con su Dios. Es conocido, por otra parte, cómo el santo escribió una obra que lleva por título "Preparación para la muerte". En ella, mientras el santo parece detenerse en la descripción de un hombre a punto de morir, al menos en la primera parte, enseguida pasa a la necesidad de un total arrepentimiento y, por tanto, a un pronto retorno a Dios.

Francesco Ansalone

Música

La definición del término música presenta no pocas dificultades debidas a la complejidad de la propia naturaleza del género musical. En términos de principio, es aún válido lo que se dice: “La música es el arte del sonido y del canto”. Hoy, en el concepto de música se incluye también el concepto del lenguaje. La música se presenta incluso como un lenguaje universal no verbal. La cercanía del lenguaje musical al lenguaje hablado se basa en el común denominador de las analogías gramaticales y de sintaxis lingüísticas.

La música varía de pueblo a pueblo y de época a época. En relación a su contenido, en occidente, al menos, normalmente se la divide en *gregoriano*, *polifonía* (dividida, a su vez, en *antigua*, *nueva*, *ardiente* y *renacentista*) *melodramática* (incluyendo en el mismo también las diversas formas de música vocal) y *música instrumental*. En función de la época, se cataloga en música *medieval*, *renacentista*, *barroca*, *clásica*, *romántica* y *moderna*.

Canto gregoriano y *Polifonía* tienen en común la base modal en cuanto vienen contruidos sobre particulares escalas llamadas *modos gregorianos* o *tonos eclesiásticos*. *Melodrama* y *música instrumental*, en cambio, son etiquetados como músicas armónico-tonales en cuanto que se construyen sobre la base de las tonalidades (mayor y menor) y de la armonía que se desarrolló a partir del siglo XVII en adelante. En el Novecientos, se rompió la gramática tonal-armónica determinando así el nacimiento de la *atonalidad* y de lo serial o *do-decafonico*, consecuencia de la saturación de la armonía, gracias al acuerdo del veintitrés teorizado por A. Vitale C.Ss.R.

En el complejo panorama histórico de la música queda todavía por iluminar el aspecto popular y, en particular, el sacro del que forma parte la veta alfonsiano-redentorista. De ésta se está perfilando el recorrido histórico y se le está reconociendo su íntima unión a la específica evangelización. Con el término “veta alfonsiano-redentorista” entendemos la producción que tiene su origen en los cantos de s. Alfonso – *Canzoncine e Duetto tra l’anima e Gesù Cristo* – (Canciones y Dueto entre el alma y Jesucristo).

La música alfonsiano-redentorista abarca formas populares y cultas. Sustancialmente, nace como soporte de las actividades apostólicas ligorianas. En tal sentido, ha desarrollado y desarrolla un papel pedagógico-didáctico o de estrategia misionera (cf. Congreso Internacional *Musica e Strategie pastorali di età moderna* – Università di Roma “La Sapienza” 17-18/02/2006). A este pro-

pósito, debe decirse que esta música, entre todas las músicas producidas en los siglos. XVII-XIX con el mismo objetivo, en la actualidad queda solamente el único repertorio conocido y estudiado. A pesar de no tratarse de una música litúrgica en sentido estricto, es también utilizable para la liturgia. Las canciones de la tradición alfonsiano-redentorista son comparables, por su finalidad y contenido, a los Himnos didascálico-laudativos de la tradición cristiana oriental y occidental, al lauda franciscano del doscientos-trescientos y del siglo XIV, a la música justiniana del cuatrocientos y a la filipina de los siglos XVI-XVIII.

La Canción alfonsiana, en particular, ha representado el modelo formal de análoga creación desarrollada a escala internacional hasta nuestros días. Canta los momentos fundamentales de la vida cristiana y devocional (Navidad, Pasión, Eucaristía, María, santos, etcétera). Como resultado de una tradición oral, pertenece a la sección de la *Etnomusicología*. Ha llevado incluso a la creación de obras musicales de considerable categoría como, por ejemplo, las cantatas oratoriales de A. Vitale. Su estudio ha incentivado la búsqueda musicológica relativa a la *cantata sacra* del Setecientos. La canción alfonsiana *Tu scendi dalle stelle* (Tú bajas de las estrellas) ha quedado como la melodía navideña por excelencia del cancionero cristiano-católico.

Paolo Saturno

Navidad

El lugar más propio y cualificado de la "aparición" del amor de Dios es, para S. Alfonso, la Natividad de Jesucristo. Y está claro para él que entre el pesebre (Praesepe) de Belén y el Gólgota de Jerusalén hay una línea directa y continua y, por tanto, una perfecta identidad de contenidos: la gloria cantada por los ángeles en la noche de Navidad es la misma anunciada por el Evangelio de Juan el Viernes Santo.

Delante del niño Jesús S. Alfonso es como si estuviera fuera de sí, en éxtasis, colmado de alegría. Manifiesta toda su delicadeza sin medida, en la que se contiene también su forma de aproximarse a Dios. Se ve esto, concretamente, a partir de la forma amorosa que asume. Quien quiera saber quién es Dios, que lo observe ante el Niño en la cuna: puro amor. Un S. Alfonso así, libre y encantado, quizás no se lo encuentra nunca en sus escritos, excepto en aquellos sobre la Navidad y también en sus poesías navideñas, (*Tu scendi dalle stelle, Quanno nascette Ninno, Bambino mio bellissimo, Fermarono i cieli, Ti voglio tanto bene*).

Podemos escoger cuatro "sentimientos" que parecen caracterizar la actitud de S. Alfonso ante el pesebre: el primer sentimiento alfonsiano ante el Niño Jesús es el de estupor. Estupor, ante todo, por lo que Alfonso ve: un niño "envuelto en pañales..." en cuyo rostro resplandece el de Dios. Un niño-Dios bajado "de las estrellas al frío y al hielo", que ha abandonado la forma divina y ha asumido, como el apóstol Pablo dice, la de "siervo". ¿Pero por qué todo esto? ¿Qué puede empujar a Dios a "hacerse hombre?" El amor, contesta S. Alfonso. Aquel niño-Dios, que yace en el pesebre junto a los animales, es la expresión encantadora del hecho de que Dios ama (v. Encarnación).

El otro sentimiento de Alfonso es la ternura: su amorosa delicadeza para el Niño. Un nacimiento, por tanto, para atraer, para seducir: "*Los niños por sí mismos se hacen amar y atraen el amor de quienes los miran*" (*Novena del Santo Natale*, Disc. II). La ternura alfonsiana no es un sentimiento contemplativo, lleva a la respuesta, desemboca en la iniciativa de parte del hombre de adorar a Dios que se ha hecho niño.

Pero la ternura alfonsiana se hace más profunda en un tercer sentimiento; esta vez, doloroso: la compasión. Se conecta con la cruz, cuya sombra ya se proyecta sobre la cuna del Niño. El amor de Dios no es una exhibición. En el pesebre de Belem se desarrolla el primer acto de una historia de amor que conclui-

rá dramáticamente en el Gólgota, en la derrota de la muerte. En realidad, aquella cuna es dominada por la idea de la misión, del cometido del que se ha hecho cargo el Niño para reconducirlo al amor. Compadecer es unirse a la persona querida, haciendo propio su dolor; "la compasión comporta pena", escribe. El amor no es cuestión de palabras.

Finalmente, la gratitud: la respuesta al amor trascendente. Para S. Alfonso es cuestión de lógica y coherencia; a quien ama no se le puede negar el amor. La llamada alfonsiana, como la del evangelio, se dirige al corazón; o sea, a la libertad. Sólo con la libertad se puede responder a Dios. Alfonso está convencido de ello: nunca el amor puede ser forzado.

Pero si Dios no puede coaccionar, sí puede esperar. Puede esperar que los hombres se rindan al amor. La Natividad de Cristo es para Alfonso de Liguori el principio confiado de esta espera.

Antonio Pupo

Nicholas Charnetsky

Obispo, exarca apostólico de Volyn' y Pidljashja, nació el 14 de diciembre de 1884 en la aldea de Semakivtsi (Ucrania Occidental).

Alumno del Colegio ucraniano de Roma del 1903 al 1909, obtuvo el doctorado en teología por la Pontificia Universidad Urbaniana. Ordenado sacerdote el 2 de octubre de 1909, enseñó filosofía y teología en el seminario de Stanislaviv. En 1919 entró en la Congregación del Santísimo Redentor. A partir de 1926 fue misionero entre los greco-católicos de Volyn. Nombrado obispo titular de Lebed y visitador apostólico de los católicos ucranianos de Volyn y Podlachia, fue consagrado obispo el 8 de febrero de 1931 en la iglesia de san Alfonso en Roma.

Expulsado de Volyn en 1939 a causa de la ocupación soviética, se trasladó a Lviv. El 11 de abril de 1945 fue detenido junto a todos los obispos greco-católicos. Condenado inicialmente a cinco años de trabajos forzados en Siberia, la pena le fue aumentada después otros diez años. De 1945 a 1956 vivió en unos treinta campos de concentración y prisiones soviéticas, padeciendo un total de 600 horas de torturas e interrogatorios.

Excarcelado en 1956, fue llevado de nuevo, casi moribundo, a Lviv. Restablecido inesperadamente, dirigió desde su lecho la Iglesia católica ucraniana que sobrevivió en la clandestinidad. Murió en Lviv el 2 de abril de 1959 a la edad de 75 años. Fue enterrado en la iglesia redentorista de san Josafat, en Lviv.

Su Santidad Juan Pablo II, durante la visita apostólica a Lviv el 27 de junio de 2001, lo proclamó Beato junto a otros 24 mártires de la Iglesia greco-católica ucraniana.

Misal Redentorista

Novicios

Los novicios son jóvenes que piden tener una experiencia de la vida en la Congregación después de un intenso camino de fe y un atento discernimiento vocacional. Durante el noviciado, que generalmente dura un año, se esfuerzan por profundizar y valorar la autenticidad de su vocación de seguir a Cristo y aprender la historia, la vida y el espíritu de la Congregación, realidades que aprenden a amar y a valorar. Ayudados por el Maestro y por la comunidad, siguen un intenso recorrido formativo que los hace madurar en las dimensiones indispensables para un misionero redentorista. Ante todo, la madurez humana; es necesario aceptarse a sí mismos, las propias limitaciones y las propias cualidades para alcanzar un equilibrio psico-afectivo del que surja un estilo de responsabilidad, de entrega, de apertura, de diálogo, de saber compartir, de humilde y desinteresado servicio, especialmente hacia los más abandonados.

Unido a lo anterior, y de forma análoga, está el crecimiento espiritual que el novicio se esfuerza por conseguir sobre todo a través de una auténtica oración personal y comunitaria, una búsqueda continua de la voluntad de Dios en la propia existencia y estando dispuesto a un continuo proceso de conversión continua.

Además, durante el noviciado, a través de experiencias de vida comunitaria, los novicios se ayudan mutuamente a crecer en la respuesta a la vocación a la vida fraterna a fin de aprender a formar comunidades que sean lugares de fe, de servicio y de mutua aceptación, y a hacer más creíble y eficaz el anuncio de la Palabra de Salvación.

Además, se profundizará en el conocimiento de la vida redentorista a través del estudio y la meditación de las Constituciones y de los Estatutos de la Congregación, de la vida y del mensaje del fundador S. Alfonso María de Liguori y de los santos y beatos redentoristas, del gran patrimonio espiritual y apostólico que la Congregación ha logrado acumular en sus casi tres siglos de vida.

Todo este camino tiene el objetivo de hacer crecer a los novicios en el amor a Cristo a fin de entregarle y dedicarle sin reservas la propia vida para ser, junto a los demás hermanos redentoristas, apóstoles audaces, sencillos y libres para dedicarse a la Palabra de Dios, especialmente entre los más abandonados de nuestro tiempo.

Antonio Perillo

Novísimos

Acudiendo al catecismo hemos aprendido a conocer esta palabra "los novísimos" y después la hemos olvidado; quizás la hayamos hurgado en nuestro inconsciente. En el catecismo nos han explicado que los novísimos son: muerte, juicio, infierno y gloria. La palabra "novísimos", en cualquier lengua, no se entiende tan bien si no se tiene un mínimo de conocimiento del latín; en esta lengua, en efecto, indica las últimas realidades, las que están al final de toda la historia.

Normalmente, nosotros vivimos experimentando las verdades penúltimas: nuestro estudio, nuestro trabajo, la vida familiar, el empeño cultural, la política. Todas estas cosas forman parte de las realidades penúltimas. Las realidades últimas son las que se convierten en definitivas. La muerte es una realidad definitiva porque no admite apelación, no hay la posibilidad de posponerla o de repetirla; lo mismo el juicio, el infierno y la gloria son realidades últimas, definitivas, son los "Novísimos". Sustancialmente, corresponden a la que, en teología, se llama la escatología cristiana. ("Escatología" quiere decir la misma cosa que "Novísimos"; es una palabra griega en lugar de latina).

A primera vista, este tema no parece justamente una bella aproximación al diálogo de amor que nos une a nuestro Dios. Sin embargo, estas palabras encierran el núcleo esencial de la esperanza cristiana. Pero para comprender su sentido fundamental hace falta el que no se caiga en la actitud de una vana curiosidad; por ej., saber cuáles serán los signos que anuncian el fin de los hombres, cuántos serán los salvados y cuántos los condenados, etc.

El Biblia no responde a estas curiosidades, no nos presenta una crónica de los acontecimientos futuros. Hoy aún, hay quien querría leer el libro del Apocalipsis (que es el libro de la revelación final) como si fuera una toma filmada con antelación de los acontecimientos finales... Estos acontecimientos finales siguen siendo para nosotros un misterio; constituyen el encuentro final con Dios y, como Dios es un misterio, el encuentro con Él sigue envuelto en el velo del misterio.

Así como del rostro de Dios conocemos muchos, pero no todos, los rasgos: el amor, la misericordia, la santidad, del mismo modo sobre nuestro futuro podemos saber algunas cosas; pero, sobre todo, podemos dar un contenido válido a la esperanza en lo concerniente a nuestro futuro.

He aquí lo que tiene que interesarnos: una actitud de esperanza. No es muy importante saber las cosas, cuanto esperar en el modo justo. La Biblia no nos da informaciones sobre el futuro, pero da exhortaciones encaminadas hacia un futuro de salvación.

Los novísimos fueron el núcleo firme de las predicaciones "fuertes", orientadas a impactar el corazón y a convertir las almas de los fieles enquistadas en el pecado. La tradición de la predicación redentorista ha honrado este tema, suscitando numerosas y sensibles conversiones.

El mismo S. Alfonso, hombre de su tiempo y no indiferente a la vitalidad expresiva de lo barroco, se dirigió al pueblo sencillo y analfabeto con las técnicas "visuales" de su tiempo, las cuales ocuparon muchas veces el lugar de la lectura; por ejemplo, mostrar la imagen de un condenado a todo el pueblo después de la predicación sobre el infierno; al terminar la predicación sobre la muerte se tomaba una calavera en la mano, no para un "juicio ficticio", sino para una constatación muy realista (por ej., "Antes fuiste guapa ¿y ahora?...").

S. Alfonso, poco a poco, ya no estaba satisfecho con las "predicaciones fuertes" y hacia 1768 publicó un folleto de 28 páginas donde les pedía a los predicadores que hablaran más que de los Novísimos, del amor, del santo amor que "inflama los corazones".

Salvador Brugnano

Oración

"Dios no niega a nadie la gracia de la oración, con la que se consigue de Dios la ayuda para vencer las tentaciones (...). Y digo, y repito, y siempre lo repetiré mientras tenga vida, que toda nuestra salvación está en rezar (porque si oráis tendréis segura vuestra salvación; pero si dejarais de orar tendríais segura vuestra condenación". (*Del gran mezzo della preghiera*, in *Opere Ascetiche*, vol. II, Roma 1962, p. 171).

Estas afirmaciones fuertes y claras de S. Alfonso pueden dejar perplejos y desorientados. Entonces surge espontánea una pregunta: *¿Si no recito las oraciones me condeno para siempre?*

Orar no es decir oraciones, decir palabras, tal vez recitándolas de memoria o leyéndolas, incluso distraídamente. Orar no se reduce a leer libritos donde se encuentran muchas oraciones. Orar no es recitar el Padrenuestro, el Avemaría, el Gloria al Padre, antes de dormirse.

¿Pero entonces qué es la oración? ¿En qué consiste el orar?

S. Teresa de Ávila expresa en pocas palabras su contenido más profundo y auténtico: "La oración no es otra cosa, para mí, que una íntima relación de amistad, un frecuente trato a solas con Aquél que sabemos que nos ama".

Esta definición de oración nos dice que el diálogo entre Dios y el hombre es una experiencia existencial, de vida experimentada, una profunda amistad, más aún: es una relación filial. La oración se convierte, por tanto, en la relación más elevada de la realidad humana. Y es en esta vía donde se entiende la verdadera esencia de la oración, que no consiste ni en la duración, ni en la forma o el modo de nuestro orar, sino, más bien, en el reconocimiento y en la conciencia de la presencia de Dios en nuestra vida y en la historia.

Orar es encontrarse con Dios, es dejarse amar por él, es amarlo, hablarle; pero, sobre todo, es escucharlo, alabarlo, darle gracias, adorarlo; es interceder por los hermanos, es pedir con confianza cualquier cosa, seguros de su amor de Padre. Orar no es decir palabras, sino encontrar a Dios. Orar es querer estar con Dios como dos amigos que pasan tiempo dialogando, para conocerse, para ayudarse. Orar no se agota en decir palabras, sino que implica toda la vida, porque le permite a Dios entrar en la propia existencia.

Se comprenden entonces las advertencias fuertes de S. Alfonso sobre la necesidad de la oración como manantial de la salvación, porque orar es encontrar, acoger a Cristo Jesús e iniciar con él un maravilloso diálogo de amor que necesariamente transforma y cambia la existencia.

La oración que no lleva a la conversión del corazón, de la mente y del actuar, no es auténtica. "No quien me dice: Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad del Padre mío que está en los cielos" (Mt 7, 21).

"El encuentro auténtico con Cristo cambia la vida": he aquí el objetivo de la oración. Si la oración hace encontrar a Dios, entonces no puede uno dejar de convertirse a él, no puede uno dejar de reconocer los propios pecados y arrepentirse sinceramente de corazón.

La oración inicia un cambio radical de la propia existencia en la que el camino de la fe y la vida cristiana son sustentados y nutridos en la caridad y en la misericordia, por el poder de la oración.

Antonio Perillo

Oración Mental

La oración mental es como el oxígeno para la "vida" en el Espíritu; es sustrato interior indispensable para la propia oración que, sin la meditación, al final se debilita. La oración mental es necesaria a todos para perseverar en la gracia y para progresar en la caridad. "Es cierto que uno de los medios más grandes para hacerse santo es la oración mental, como dicen todos los maestros de espíritu... La luz, la fuerza y el fervor que son necesarios para caminar hacia la perfección, se logran en la oración. Por tanto, todos los santos han sido hombres de oración" (*Riflessione ai Vescovi, in Opere Complete*, vol. III, Torino 1847, p. 871).

Los contenidos de la oración mental para S. Alfonso son siempre las verdades que elevan y dan Esperanza como: la misericordia de Dios, su bondad y su amor, los misterios de Jesucristo, la intercesión de María. En particular, la Pasión porque aquí, más que en cualquier otro tema, se percibe el amor de Dios hacia los hombres. La pasión de Jesús es "una buena meditación para todos". Resumimos brevemente el modo de hacer oración mental según S. Alfonso: 1. Una breve preparación (actos de fe en la presencia de Dios, de humildad y de petición de luz); 2. La meditación (deteniéndose en algunas verdades eternas y en los misterios de Cristo, valiéndose habitualmente de algún libro. 3. Manan de la meditación tres frutos: a. la expresión de afectos (actos de fe, de agradecimiento, de humildad, de esperanza; pero, sobre todo, actos de amor y contrición; b. Oración (pidiéndole a Dios principalmente amor y perseverancia); c. resolución (la oración debe acabar con una resolución concreta que implique la vida.

Y al final: la conclusión, que consiste en agradecer a Dios las luces recibidas; proponerse observar las resoluciones hechas; y el pedir a Dios, por amor de Jesús y María, la fuerza de observar los propósitos hechos. (cf. *Regolamento di vita di un cristiano, in Opere Ascetiche*, vol. X, Roma 1968, pp. 282-284).

Este método que S. Alfonso sugiere puede sernos útil también hoy sobre todo si en la meditación nos disponemos a "escuchar" la Palabra, dejando que ella penetra en la mente y en el corazón, para luego convertirla en oración.

El momento de la oración es la respuesta del hombre que ha asimilado las potencialidades vitales de la Palabra a través de la meditación. Cuando la Palabra, leída y meditada, logra encender de amor a Dios la mente y el corazón,

es el momento de pasar a la contemplación, que permite descansar tranquilamente el alma en Él, en comunión de paz y amor. De esta sencilla y profunda unión, provocada por la meditación y la oración, derivan muchos frutos que necesariamente conducirán a una conversión continua y a una vida experimentada en la caridad.

Antonio Perillo

Pasión

Con el término pasión indicamos, generalmente, el ánimo vencido por los sentimientos, donde la racionalidad da paso a las emociones. La psicología nos pone en guardia del peligro de neurosis: quien está invadido por la pasión corre peligro de volverse loco. Y, generalmente, es verdad que perdemos la cabeza, sobre todo cuando estamos enamorados.

En la Sagrada Escritura, todos están de acuerdo en decir que la pasión es el punto central de la historia de la Salvación, tanto que muchos exegetas afirman que "el Evangelio es la historia de la Pasión de Dios con una larga premisa". ¿Entonces por qué usar una palabra tan "inadecuada" a la Sabiduría de Dios para indicar su don más grande? Porque Dios, literalmente, ha perdido la cabeza por el hombre, Él "ha amado tanto al mundo que ha entregado a su Hijo Unigénito para que el que crea en él no muera, sino que tenga la vida eterna" (Jn 3, 16-17). Por decirlo con s. Alfonso, Dios "está loco de amor" por el hombre.

Dios es la esencia del amor, que desea alcanzar y transformar a todo hombre. Por amor se humilló, primero en la encarnación y luego en la muerte de cruz, para que la humanidad experimentara que no hay amor más grande, más verdadero, que el que se da gratuitamente; no hay verdadera paz ni felicidad hasta que no nos convertimos mutuamente en siervos los unos de los otros.

Consagrarse totalmente a alguien en la prosperidad es sencillo, pero cuando llega la adversidad volvemos a ser racionales y a hacer cálculos. En la cruz contemplamos un amor que no conoce límites, un Dios que está dispuesto a la oferta total de sí para darnos la prueba suprema de su amor.

Alfonso, en sus escritos, insiste en la dimensión personal de la salvación. En el Vía crucis dirá: "Considera cómo Jesucristo, caminando sobre este camino con la cruz sobre los hombros, pensó en ti, y por ti le ofreció a Dios la muerte que iba a padecer". Por ti... Personalmente somos interpelados por este amor tan grande. El camino de la santidad, pues, ya no es el simple esfuerzo para alcanzar altas cumbres, sino que se convierte en respuesta voluntaria y total a un amor donado totalmente y sin límites. Así, el término asume el sentido positivo de "apasionarnos", orientar todos nuestros recursos hacia la respuesta concreta a esta sobrecogedora propuesta de amor.

La transformación del mundo y de nuestro corazón pasa por la contemplación del que han traspasado. En este rostro desfigurado estamos todos llamados a reconocer al Redentor del mundo. Si, como el Centurión, tenemos el valor de afirmar que "verdaderamente Éste era el Hijo de Dios", el dolor y el sufrimiento perderán los rasgos hoscos del absurdo y de la desesperación para llenarse de luz y de sentido. Nuestra vida es don, don de amor, y tiene sentido sólo si es donada, sólo si nos volvemos sacrificio viviente en Cristo, sólo si nos volvemos misericordia y perdón, "don para", don gratuito para los demás.

Francesco Visciano

Pascua

La Pascua, como acontecimiento y como solemnidad, constituye el centro alrededor del que se desarrolla la historia de la salvación y efectúa su curso el año litúrgico.

Pascua, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, señala la intervención de Dios en favor de su pueblo, con el significado de "paso" para la "liberación".

En el Antiguo Testamento la Pascua se caracterizaba por dos momentos:

- Dios "pasa" y "libera", y permite a los judíos "pasar" y ser "liberados" de la esclavitud.
- Dios finaliza su acción con el don de la "ley" que tiene su cumbre en la "Alianza del Sinaí".

Estos dos momentos de una única Pascua son mencionados y revividos en la celebración anual del *Pessah*.

En el Nuevo Testamento, Jesús lleva a cabo el sentido antiguo de la Pascua en su persona, centrándola también en dos momentos:

- Él "pasa" por la vida y por la muerte y "libera" definitivamente a la humanidad de la esclavitud del pecado.
- Su obra de salvación es sancionada con el don del Espíritu Santo en Pentecostés.

Estos dos momentos, aunque celebrados como solemnidades litúrgicas distintas, forman parte de una sola Pascua nueva, constituyendo el principio y la conclusión del tiempo pascual.

Como núcleo de la Pascua se encuentra el triduo de la "pasión, muerte y resurrección del Señor". De aquí el valor fundamental de las palabras de Pablo: "Cristo es nuestra Pascua inmolada" (1 Cor 5,7).

La insistencia en los escritos de san Alfonso sobre el misterio de la pasión y muerte de Jesús, es su punto decisivo para conocer y vivir el misterio pascual.

Si nuestra Pascua es Cristo "inmolado", no se puede presentar la Pascua sin referencia a la inmolación de Jesús, cordero sin mancha, ofrecido por la salvación del mundo.

La Pascua está presente en la celebración de los sacramentos de la Iglesia, eminentemente en la celebración de la eucaristía. Durante la celebración del *Pessah*, Jesús instituyó la Pascua nueva, anticipando en los ritos del pan y del vino la oferta de su cuerpo y de su sangre sobre la cruz. Al decir a los discípulos: Haced esto en memoria "mía", alargó en el tiempo, hasta que él vuelva, su Pascua sacrificial.

"La Iglesia celebra el misterio pascual cada ocho días, en lo que se llama justamente Día del Señor o domingo" (*Sacrosanctum Concilium*, 106).

Ciro Vitiello

Pedro Donders

Pedro Donders nació en Tilburg, Holanda, el 27 octubre de 1809. Desde su primera juventud se sintió llamado al sacerdocio, pero, por la pobreza de la familia, se vio obligado a suspender los estudios y a hacerse tejedor como el padre. Eso no le impidió enseñar en el tiempo libre el catecismo a los niños y ejercer un influjo benéfico sobre sus coetáneos. Así, hasta los 22 años, cuando con la ayuda del párroco, pudo entrar en el seminario menor de St. Michiels-Gestel como seminarista obrero, pagándose con su trabajo la pensión mensual.

Llegado al sacerdocio el 5 de junio de 1841, pudo seguir su vocación misionera partiendo voluntario al Surinam, entonces colonia holandesa.

Durante los primeros 14 años puso su base operativa en Paramaribo, dedicándose a unos 2.000 católicos allí residentes, y viajando periódicamente para trabajar apostólicamente entre los esclavos de los plantíos (Paramaribo contaba con cerca de 8.000 esclavos y con más de 40.000 en todo el Surinam), entre las guarniciones de los fuertes militares, entre los indios y negros.

En 1856 se ofreció como voluntario de la leprosería gubernamental de Batavia donde vivió permanentemente, salvo dos breves intervalos, durante 28 años, curando el cuerpo y las almas de aquellos pobres infelices. Los dejó sólo por algunos meses, en 1866, cuando pidió entrar en los Redentoristas a los que había confiado el Papa Pío IX el vicariato apostólico de Surinam. Tomó el hábito religioso el 1 de noviembre de aquel mismo año y emitió los votos el 24 de junio de 1867.

La profesión religiosa, asociándola esencialmente a una congregación misionera, le dio a su apostolado un sentido más vivo comunitario, permitiéndole más a menudo dejar Batavia para dedicarse a la conversión de los indios y los negros.

Pero el nombre de Donders queda vinculado a la leprosería de Batavia donde murió, entre sus leprosos, pobre entre los pobres, el 14 de enero de 1887, llorado como un bienhechor e invocado como un santo.

Su Santidad Juan Pablo II lo beatificó en San Pedro el 23 de mayo de 1982, en el 250 aniversario de Congregación del Santísimo Redentor.

Misal redentorista

PJVR

Pastoral Juvenil Vocacional Redentorista.

El fundador de los Redentoristas, Alfonso de Liguori, empleó todas las energías de su vida en anunciar a los más abandonados la alegría inmensa de la salvación, la posibilidad de una vida nueva, renovada por el amor.

El carisma redentorista, que encarna la intuición fundamental de Alfonso y de la comunidad de los orígenes, se sustenta sobre dos elementos: 1. Seguir a Jesucristo, el Redentor; 2. La predicación de la abundante Redención a los abandonados.

¿Y quién más que los jóvenes, abandonados y maltratados por las grandes empresas educativas, necesitan hoy acoger y vivir juntos un proyecto amplio de plenitud humana y espiritual?

El Ministerio eclesial de la Pastoral Juvenil puede definirse como la respuesta de la comunidad cristiana a las necesidades de los jóvenes y, al mismo tiempo, como "la participación con toda la comunidad del don extraordinario de los jóvenes".

A partir de esta indicación general de la Iglesia, la Congregación de los Redentoristas, con las siglas PJVR indica un dinamismo apostólico que lleva a los jóvenes a vivir la alegría de descubrir que Cristo camina con ellos, se consagra y ofrece continuamente una experiencia de comunión para decirnos que la vida tiene sentido sólo si se convierte en don para los demás.

La PJVR se propone fundamentalmente tres objetivos:

- animar el crecimiento integral, humano y espiritual, de todo joven;
- invitar y animar a los jóvenes a vivir en el mundo contemporáneo como discípulos de Jesucristo;
- estimular a los jóvenes a una participación responsable en la vida, en la misión y en el trabajo de la fe católica de la comunidad.

La propuesta de la PJVR, que nace de estas inspiraciones, se propone promover una programación creativa, de participación, flexible, adaptable y agradable que se adapte al crecimiento de los jóvenes. La PJVR se caracteriza por el calor de una familia, es intergeneracional, multicultural y orientada a la inserción y promoción de la colaboración dentro de la comunidad.

De aquí se entiende que el cometido esencial del ministerio de la PJVR sea el de facilitar un encuentro personal entre el joven y la gran locura de Dios, y estudiar cómo este encuentro pueda convertirse en fuente de un proyecto (o "vocación") de vida para el joven en este mundo.

La PJVR debe prestar especial atención a los jóvenes que se encuentran marginados de la sociedad. Se propone estar con ellos y ser para ellos una voz cercana.

Sobre esta base, efectivamente, la PJVR:

- invitará a los jóvenes a experiencias de vida y a compartir conjuntamente con la comunidad la misión apostólica redentorista;
- se esforzará por adaptarse y compartir con los jóvenes de modo "familiar" y creativo la Palabra de Dios, de forma que los jóvenes puedan vivir esta experiencia como un encuentro con el abundante y loco amor de Dios;
- favorecerá encuentros personales con los jóvenes y estudiará la forma de que estos momentos puedan convertirse en fuente de un proyecto vocacional de vida;
- invitará a los jóvenes a participar en programas de "participación y voluntariado";
- se esforzará por la formación de jóvenes líderes y animará y facilitará el ejercicio del liderazgo;
- promoverá el crecimiento de los jóvenes poniendo particular interés en las situaciones críticas.

La PJVR no es un grupo eclesial o un movimiento, sino un itinerario formativo humano y espiritual ofrecido a los jóvenes que viven en nuestras comunidades, a los que encontramos durante las misiones y las actividades apostólicas (mundo de la escuela y del trabajo), a los que se acercan libremente a nuestras realidades.

En síntesis, podemos decir que por PJVR entendemos:

Por **Pastoral** entendemos un recorrido que parte de la fragilidad humana y se realiza en el encuentro con Dios.

Por **Juvenil** entendemos predominantemente la franja de edad que va de los 14 a los 23 años.

Por **Vocacional** entendemos el discernimiento de la llamada personal que nos compromete a vivir como verdaderos cristianos.

Por **Redentorista** entendemos que lo específico de este itinerario de fe sigue los rasgos fundamentales de nuestra espiritualidad que tiene como centro el anuncio de que Cristo da gratuitamente su redención a todo hombre.

Michael Kelleher – Alfonso V. Amarante

Postulantes y estudiantes redentoristas

Cuando un joven, tras una primera aclaración y acompañamiento vocacional decide compartir la vida con los misioneros Redentoristas, tiene que emprender un camino de formación que lo ayude a madurar y a crecer en este proyecto vocacional. Tal camino se compone de varias etapas que subrayan el gradual descubrimiento y asimilación de la identidad y del carisma redentoristas.

Se comienza con una etapa llamada postulantedo; es decir, la etapa del camino formativo vocacional que se sitúa justo antes del noviciado. El propio sentido del término indica el clima pedagógico de búsqueda: solicitar, pedir, tratar de entrar. Su finalidad es acompañar al joven en su primera experiencia sobre la vida apostólica redentorista.

El postulantedo tiene que ser una iniciación a la vida comunitaria que haga posible conocerse mutuamente y darse a conocer en vistas a un mejor discernimiento vocacional antes de entrar en el noviciado. El postulante, con el acompañamiento del formador, verifica la idoneidad de su vocación. Esta verificación supone una indagación sobre las aptitudes y cualidades requeridas para la vocación redentorista, además de las motivaciones que sustentan tal decisión.

Respecto a su duración, el Código de Derecho Canónico se limita a decir que "nadie sea admitido al noviciado sin una adecuada preparación" (Can. 597, 2). Deja al derecho particular de cada Congregación el precisar los límites de tiempo y contenidos que necesitan los candidatos en las diversas circunstancias a fin de considerarlos preparados para la admisión al noviciado. Por esto, en todas las unidades de los Misioneros Redentoristas, presentes en las distintas partes del mundo, se garantizan las condiciones necesarias para que tal objetivo se realice.

Después del noviciado viene otra etapa importante llamada estudiantado o juniorado. Éste constituye un nuevo período de formación que se extiende desde los primeros votos hasta la profesión perpetua. Es una etapa de profundización y de maduración sobre la iniciación en la vida redentorista comenzada en el noviciado.

Es denominado estudiantado porque el estudio de la teología, como preparación para recibir el sacramento del sacerdocio, caracteriza su condición fundamental. A tal respecto, el n. 87 de nuestras Constituciones dice: "Los aspirantes al sacerdocio han de ser formados de tal modo que se configuren con la imagen

de Cristo, sumo y eterno sacerdote. Han de aprender a unirse con Él y esforzarse por conocer su misterio integral por medio del estudio científico y sistemático de las disciplinas sagradas y por un conocimiento más profundo de las ciencias que tratan de la persona humana. Además, participarán intensamente en la vida comunitaria, con una adecuada aplicación al apostolado misionero”.

El estudiante redentorista, en este período de formación, continúa el crecimiento y maduración de su compromiso con Cristo en la vida apostólica de la Congregación. En vistas a un acompañamiento personalizado se le ayudará a coordinar el estudio con la vida, las experiencias apostólicas con la vida comunitaria, integrando todo en la consagración a Cristo Redentor.

Maurizio Iannuario

Redentor

Son múltiples las vías por las que la Iglesia trata de penetrar en el misterio de Cristo, Dios y Redentor. El Redentorista está convencido de que todas necesitan confluir en el amor. "Todos los redentoristas – recuerdan las Constituciones – han de ser entre los hombres servidores humildes y audaces del evangelio de Cristo Redentor y Señor, principio y ejemplar de la nueva humanidad. En su anuncio proclaman de manera especial la redención copiosa: es decir, el amor del Padre "que nos amó primero y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados" (1Jn 4,10), y que vivifica por el Espíritu Santo a cuantos creen en Él" (n. 6).

Es un amor que no se deja tampoco vencer por el rechazo más absurdo: el de la cruz. Mirando al Crucifijo, el Redentorista encuentra no la derrota, sino la victoria pascual del amor. Hace suya la perspectiva subrayada por S. Alfonso en la Práctica del amor a Jesucristo: "Tuvo que decir el gran amante de Jesucristo, S. Pablo: *Caritas... Christi urget nos* (1Cor 5, 14). Y quiso decir el Apóstol que no tanto lo que padeció Jesucristo, cuanto el amor que nos ha demostrado en su padecer por nosotros, nos obliga y nos impulsa a amarlo" (en *Opere ascetice*, vol. I, Roma 1933, cap. I, n. 8, 5).

Porque es una expresión de amor, la "redención alcanza a todo el hombre, perfecciona y transfigura todos los valores humanos a fin de recapitular en Cristo todas las cosas (cf. Ef 1, 10; 1Cor 3, 23), y reconducirlas a su fin: una nueva tierra y un nuevo cielo (cf. Ap 21, 1)" (Constituciones, n. 6).

Por esto, los Redentoristas no se cansan jamás de anunciar que sólo en el Redentor "encuentra su verdadera luz el misterio del hombre (*Gaudium et spes*, n. 22).

El Redentor es amor, que quiere irradiarse, comunicarse, llevando todo a su plenitud y a la felicidad. Su *kenosis*, hasta el absurdo de la cruz (cf. Fil 2,6-11), deshace todas las "sospechas" respecto de Dios que nuestra cultura ha acumulado: Dios no limita al hombre, sino que se hace don incondicional, que llena de esperanza toda nuestra historia.

Dedicándose con todas sus fuerzas al anuncio de la "*copiosa redemptio*", todos los Redentoristas saben, como repitió S. Alfonso, que su "empeño principal" es el de "dejar a sus auditorios inflamados del santo amor en cada uno de sus sermones" (*Opere Complete*, vol. III, Torino 1847, 288).

Por esto, los Redentoristas tratan de comprender el misterio del Redentor poniéndose siempre desde el ángulo de los que más necesitan de él por estar más marcados por las consecuencias funestas del pecado. No es sólo al Redentor a quien deben anunciar, sino también a quien deben "seguir" para que el anuncio sea auténtico. Compartir las dificultades de quien hace mayor esfuerzo por abrirse al amor del Redentor es siempre el primer paso de toda auténtica evangelización.

La vida cotidiana vendrá señalada como el lugar en el que el amor del Redentor alcanza a cada persona que podrá abrirse a la esperanza. Los pobres y los abandonados redescubrirán su dignidad de bautizados y su vocación a la santidad.

Sabatino Majorano

Redentorista

Como *nombre*, es toda persona que pertenece a la Congregación (CSsR) o la Orden (OSsR) del Santísimo Redentor, ya sea en cada uno de sus diversos modos de consagración o agregación: religioso, sacerdote, monja o laico.

Según las Constituciones CSSR, el religioso se define como servidor humilde y audaz del Evangelio de Cristo Redentor, fiel al magisterio de la Iglesia, que proclama de manera especial la Copiosa Redención Testigo del evangelio de la gracia de Dios, reconoce la grandeza de la vocación de todo ser humano y de todo el género humano, y va al encuentro del Señor allí donde Él ya está presente y actúa de modo misterioso. Anuncia la Buena Noticia del Señor con el testimonio callado de su presencia fraterna, orante y servicial, o con el anuncio explícito y valiente de la Palabra de Dios. Se considera apóstol de la conversión, ya que su predicación busca llevar a las personas a una radical opción por Cristo, al mismo tiempo que suscita y forma comunidades que sean signo de la presencia de Dios en el mundo. Libre y disponible, desinstalado de cualquier situación o estructura, asume la búsqueda incesante de nuevas iniciativas apostólicas dentro de la Congregación del Santísimo Redentor, al servicio de las necesidades de la Iglesia, universal o particular. Procura discernir los signos de la presencia de Dios y su voluntad a través de un adecuado conocimiento y experiencia del mundo, de un confiado diálogo con las culturas y de la interpretación solidaria de los interrogantes del hombre

[Los Redentoristas, en sus textos normativos, se definen a sí mismos como *apóstoles de fe robusta, de esperanza alegre, de ardiente caridad y celo encendido. No presumen de sí y practica la oración constante. Como hombres apostólicos e hijos genuinos de San Alfonso, siguen gozosamente a Cristo Salvador, participan de su misterio y lo anuncian con la sencillez evangélica de su vida y de su palabra, y por la abnegación de sí mismos se mantienen disponibles para todo lo arduo a fin de llevar a todos la redención copiosa de Cristo.*]

Por otro lado, las monjas son religiosas contemplativas llamadas a transformarse en Jesucristo de una forma radical, para llegar a ser personal y comunitariamente, una memoria vida del Misterio Pascual de Cristo Redentor. Su modo de vida es diverso al de los misioneros, ya que está marcado con el carácter monástico y la impronta de su fundadora, María Celeste Crostarosa. Sin embargo, llevan a cabo su misión en el mundo en íntima unión con los miembros de la Congregación del Santísimo Redentor, pues comparten origen, nombre, espiritualidad y verdadera fraternidad.

En tercer lugar, los laicos son personas vinculadas a la comunidad redentorista en una forma peculiar, por lo general, en función de su compromiso en la Iglesia y su intensa participación en su vida apostólica. Son personas que enriquecen su identidad laical al servicio de la Iglesia con la dimensión misionera y la espiritualidad redentorista. Su compromiso consiste en participar de la misión de la Congregación, concretada en las prioridades pastorales de cada unidad.

Como adjetivo, acompaña a la acción evangelizadora de los Redentoristas, es sinónimo de “misionera” y pone de manifiesto el carisma que San Alfonso aportó a la Iglesia universal a partir de 1732. Expresa una forma de evangelización específica: dinámica, creativa, profética, valiente, sencilla y asequible, que responde a las urgencias pastorales de la Iglesia y se dirige de modo preferencial a los más pobres y abandonados. Redentorista, por tanto, más que una determinada actividad, es un dinamismo misionero, la evangelización propiamente dicha, al servicio de los hombres y de los grupos que para la Iglesia y por las condiciones sociales son más pobres y necesitados.

Laureano Del Otero

Religioso

Término que indica la pertenencia de una persona a una religión. A partir del siglo VI en adelante, en el ámbito católico, el empleo de tal título sirvió para referirse a aquellas personas que profesaban en forma solemne y pública los votos de pobreza, castidad y obediencia en una orden religiosa convirtiéndose en monjes, monjas o frailes.

Posteriormente, el término religioso se ha utilizado para hacer referencia a quienes pertenecen a las Congregaciones religiosas como la nuestra que es denominada Santísimo Redentor. Queriendo hacer una distinción, tenemos dos tipos de Congregaciones: clericales y laicales. Esta división se expresa en base a los miembros según sean predominantemente sacerdotes o laicos.

Las Congregaciones religiosas nacen después del siglo XVII. Inicialmente no estaban obligadas a vivir un estilo de vida monástica, típica de los órdenes religiosos. Esta característica sustancial la creyó S. Alfonso muy importante para su naciente Congregación porque permitía a sus miembros estar más libres al verse exentos de la "rigidez monástica" de modo que pudieran desarrollar con mayor "elasticidad" su ministerio misionero- sacerdotal.

En el lenguaje eclesiástico común, la categoría de religioso identifica a las monjas y hermanos coadjutores laicos, o bien a los que no pueden acceder al sacramento del orden, o bien porque son mujeres, o bien porque su vocación no se orienta hacia la ordenación sacerdotal.

En nuestra familia religiosa, un hermano coadjutor de particular importancia fue San Gerardo Maiella. Él, a sus 23 años, decide encaminarse por la vía de la santidad viviendo en la Congregación de los Misioneros Redentoristas.

Para profundizar este término, te reenviamos a las voces: postulantes, estudiantes Redentoristas y novicios.

Aldo Savo

Responsabilidad

Literalmente, el término responsabilidad indica la respuesta y la capacidad de responder a una palabra que se nos dirige. No es ciertamente como no responder al timbre o al teléfono, porque esta palabra es una llamada hecha a nuestra conciencia que no nos deja indiferentes, pero implica a todo nuestro ser y exige una contra-palabra, una respuesta pronta. En efecto, en el ámbito civil definimos como responsable a una persona que se hace cargo de un compromiso y, por sus opciones, es capaz de realizar proyectos. En el ámbito teológico, la llamada que se nos hace la indicamos con el término llamada o vocación. Y la respuesta nos hace responsables en un doble sentido: el que puede responder y el que tiene que responder. Esta distinción, aunque sutil, no es baladí, porque pone de relieve dos grandes problemas:

1. *El gran drama de Dios: la respuesta del hombre:* aunque somos criaturas, Dios no nos ha creado como muñecos con los que entretenerse, sino que nos ha querido desde siempre como compañeros, como personas capaces, efectivamente, de entrar en un diálogo de amor con Él. A tal fin nos ha dado la libertad, la inteligencia, la conciencia, los sentimientos, la voluntad. Ahora bien, cuando se trata de responder, somos realmente capaces de entrar en relación con Él. El proyecto de Dios desde la creación es el de "pasear a nuestro lado" en el jardín del Edén. Pero la respuesta del hombre, a menudo, reniega de tal relación. Toda la historia de la salvación es una continua llamada de Dios que, en su fidelidad, clama en todo momento y en todos los modos posibles la misma llamada: "¿Adán (= hombre) dónde estás?". Y, como un enamorado, espera ansioso de cada uno de nosotros una respuesta; es decir, que seamos responsables.
2. *El gran drama del hombre:* el pecado: el hombre, en cambio, a menudo confunde la libertad. De la posibilidad de hallarse frente Dios hemos creado otra, la de estar contra Dios, lejos de Él, sin Él. Así nace el absurdo a que puede llegar el hombre, el pecado. Dios es Vida, Amor, Felicidad, lejos de Él estamos abocados a la muerte como el hijo pródigo que, agotado su sustento, se hace siervo y ya no tiene tampoco en adelante la posibilidad de alimentarse (= seguir vivo) como el más impuro de los animales.

De esta última afirmación deducimos que la verdadera responsabilidad debe entenderse como obediencia; en efecto, nuestra libertad no es nunca absoluta (=ilimitada). En el momento en que se activa en una elección, siempre se con-

vierte en responsabilidad. Entonces, en el momento en que elegimos, nos damos cuenta de que siempre debemos responder a una llamada de Dios.

¿Pero cómo caracterizar la responsabilidad? Ella es el resultado de dos conciencias y dos libertades que se encuentran para elegirse en un diálogo de amor; éste puede romperse, quizás. La síntesis de este recorrido la encontramos en la persona de Jesucristo. Él es, de un lado, el Verbo eterno del Padre, llamada radical al proyecto de vivir en el amor; y, de otro lado, respuesta en la obediencia total que realiza tal proyecto. No sólo: Cristo, al asumir nuestra carne mortal, libera nuestra libertad, porque humaniza lo divino y diviniza lo humano, pues realmente nos hace capaces de responder al amor de Dios.

Jesús se convierte, pues, en el modelo a seguir para construir nuestra responsabilidad. El sí devuelto a Dios no es nunca un acto puntual. No respondo por última vez al amor a Dios. La respuesta da la orientación (= opción fundamental) pero tiene que ser confirmada continuamente y aumentada en la fidelidad a la palabra dada (= opciones particulares). Jesús (= Dios salva) actúa en un círculo virtuoso, alternando continuamente palabras y obras de salvación a la búsqueda del diálogo íntimo con Dios. Y la oración reorienta y radicaliza cada vez más sus opciones hasta el momento en que, en Getsemaní, comprende hasta el final que realizar el amor implica el sacrificio total de sí. Si el amor es don total, hace falta hacer de la propia vida un don, convertirse en Eucaristía, pan partido para la salvación de muchos.

Elegir responsablemente es inevitable porque nos convertimos en lo que elegimos ser. Podemos elegir "por" (Dios y los otros) y llegar a ser responsables; podemos elegir "contra" y nos convertimos en incoherentes. Pero si no elegimos por nada nos hacemos nulidades.

Francesco Visciano

Sacerdote redentorista

De su pueblo, Dios elige a algunos hombres y los reserva para sí, renovando en ellos la efusión del Espíritu Santo; son los sacerdotes. El sacerdote es llamado a ser presencia viviente de Jesús, el Salvador, viviendo en la propia existencia sus mismos sentimientos y actitudes. Recibiendo el sacramento del orden, se convierte en signo de Cristo Resucitado. Hace visible su Presencia invisible.

La grandeza de ser signo aparece en algunos momentos particulares de su ministerio como la celebración de la eucaristía; cuando él parte el pan, es Cristo quien lo parte y lo ofrece con sus manos. Así, cuando absuelve de los pecados, es el mismo Cristo quien acoge y reconcilia al pecador. Cristo se sirve de él como instrumento vivo de amor y de misericordia para la humanidad. Todo esto lo vive y lo actúa el sacerdote redentorista con un gran dinamismo misionero, que deriva de su carisma. Él es fuerte en la fe, alegre en la esperanza y ardiente en la caridad, lleno de celo, hace del anuncio explícito del Evangelio su razón de ser.

Nutrido abundantemente de la Palabra de Dios que tiene que anunciar, examina los problemas y las urgencias del mundo a las que la Iglesia está llamada a enfrentarse, tratando de dar, junto a sus cohermanos, una respuesta adecuada. Se preocupa por estar cerca de la gente, realizando una concreta acogida y apertura al pueblo. Pues se hace presente con la sencillez de la vida y de la palabra allí donde la persona está abandonada a sí misma. Él siempre vive la opción pastoral por los pobres. Junto a este anuncio, siente como algo importante dedicarse al ministerio del sacramento de la reconciliación.

En el contacto con los abandonados espiritualmente, el sacerdote redentorista, como S. Alfonso, está convencido de que la predicación sustanciosa y sencilla y el confesar misericordioso y paciente constituyen los goznes de toda la acción pastoral. Escribe, en efecto, S. Alfonso: "Al predicar se echan las redes, pero al confesar se sacan y se echan a la playa los peces". El sacramento de la confesión se convierte para él, así, en el momento particularmente intenso de la formación de la conciencia de los fieles, en cuyo momento se anuncia y celebra, de modo maravilloso, el Evangelio de la Misericordia de Dios en Cristo Jesús. Perseverante en la oración y en el don de sí, el sacerdote redentorista, hombre apostólico, siempre está dispuesto a afrontar todas las pruebas para llevar a los hombres la abundancia de la Redención de Cristo (cf. Const. n. 20).

Maurizio Iannuario

Santidad

La santidad es Dios. Sólo Él es el Santo.

El hombre ha sido creado a imagen del "Santo", a imagen de Dios. Por esto, el hombre es un signo, el más vivo e inmediato, de la santidad de Dios. Dice el Señor: "Seréis santos porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo" (Lv 19,3).

El hombre, por tanto, cuanto más se acerca a Dios, más santo es.

La santidad no es una virtud, es la entidad constitutiva del hombre. Lo que estropea la huella de la santidad de Dios en su alma y degrada la dignidad de su persona es el pecado.

El pecado es "impiedad", es el rechazo a reconocer a Dios como Dios. El pecado crea una barrera de separación que no le permite a Dios transmitir al hombre su aliento de vida.

Jesús ha reanudado la unión interrumpida por el pecado, y ha garantizado una estabilidad de relación infundiendo en el corazón del hombre reconciliado el Espíritu Santo. El Espíritu, porque es Santo, obra la santidad.

Por tanto, todos estamos llamados a la santidad. Pablo lo afirma solemnemente: "Ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación" (1 Tes 4,3). Porque:

- somos creados a imagen de Dios;
- Dios nos transmite su vida;
- somos redimidos por la sangre de Jesucristo;
- habita en nosotros el Espíritu Santo.

San Alfonso recoge toda la doctrina bíblica sobre la santidad en su libro "Práctica del amor a Jesucristo": "Dios quiere que todos sean santos y cada uno en su estado; el religioso como religioso, el seglar como de seglar, el sacerdote como sacerdote, el casado como casado, el comerciante como comerciante, el soldado como soldado, y así, hablando de cualquier otro estado".

¿Cuál es la práctica concreta para hacerse santo? San Alfonso, recogiendo la ascética de los santos Doctores de la Iglesia, la concentra en el amor: "Toda la santidad y la perfección de un alma consiste en amar a Jesucristo, nuestro Dios, nuestra suma bien y nuestro Salvador".

El amor a Jesucristo se pone como el valor que fundamenta, sustenta, vigoriza, preside, rectifica, finaliza toda la vida cristiana. Es del amor a Jesucristo de donde brota todo lo que reviste el carácter de auténtico componente de la santidad y de la perfección. Por tanto, quien ama a Jesucristo ama el padecer; quien ama a Jesucristo ama la dulzura, la benignidad, la mansedumbre; quien ama a Jesucristo no desea otra cosa que hacer siempre lo que él quiere; quien ama a Jesucristo rehúye la tibieza y aumenta el deseo de ser totalmente de Dios; quien ama a Jesucristo vive la comunión con él en la oración; quien ama a Jesucristo rehúye el amor propio y se mantiene en la humildad; quien ama a Jesucristo ama al prójimo con el mismo amor de Jesucristo; quien ama a Jesucristo vive una vida de gran fe y firme esperanza; quien ama a Jesucristo no se deja nunca atropellar por las tentaciones ni derribar por la debilidad del espíritu.

Concluye San Alfonso: "Por todo lo que se ha dicho, veis cuán necesaria es la virtud de la caridad para hacerse santo".

Ciro Vitiello

Secuela

"Sígueme", "Seguidme ", es la palabra que caracteriza la llamada de los primeros discípulos, comenzando por Pedro y Andrés; Jesús "Vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y a Andrés que echaban las redes al mar ya que eran pescadores; y les dijo: "Seguidme, os haré pescadores de hombres". Y ellos, enseguida, dejando las redes, lo siguieron. Yendo más allá, vio a otros dos hermanos, Santiago de Zebedeo y Juan, que estaban en la barca junto a Zebedeo, su padre, remendando las redes; y también los llamó; y ellos, enseguida, dejando la barca y a su padre, lo siguieron" (Mt 4,18-22). Poco a poco, este vivir con Jesús se transforma en pensar como él, valorar como él, decidir como él, actuar como él.

Esta invitación a la secuela sigue caracterizando la vida de todo bautizado. La fe, en efecto, no significa simple asentimiento a una doctrina, menos aún a una ideología, sino comunión de amor con Cristo que, por la fuerza del Espíritu, impregna poco a poco toda la vida, haciéndonos pensar y actuar como él y convirtiéndonos en sus alegres testigos.

La vocación a la vida religiosa ha sido vista siempre por la Iglesia como una llamada más radical a la secuela de Cristo. Con los votos, el religioso comparte la opción por la pobreza, castidad y obediencia, poniéndose, con él y como él, al servicio del Reino: "Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que posees, da el dinero a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme" (Mt 19,21).

A lo largo de la historia han sido diferentes los modelos en los que se ha expresado la secuela; a veces, el acento se ha puesto sobre lo concreto de los gestos de Cristo (imitación), otras veces se ha insistido sobre las actitudes; para algunos, ha predominado la perspectiva moral y ascética; para otros, la mística y la de participación; la preocupación de fondo ha sido, a veces, la de la perfección personal; otras veces, el servicio caritativo y el apostolado. Esta diversidad se explica no sólo por la riqueza y complejidad de la secuela, sino también por la exigencia de deber testimoniar su valor fundamental en respuesta a las posibilidades y a los desafíos de los contextos sociales, siempre en evolución.

En la historia de la familia redentorista, comenzando por los orígenes, estas diversas acentuaciones se entrelazan y se enriquecen mutuamente. La perspectiva aglutinante es la alfonsiana de la secuela de Cristo misionero a favor de los abandonados, compartiendo con ellos actitudes, estilo de vida, opciones concretas. De esta manera, la secuela se convierte en "continuar" en la historia

la forma como Cristo se comportó entre nosotros y por nosotros, comenzando por la de los pobres como anuncio y don de salvación. Se trata, por tanto, de un imitar, que es fruto de participación, en una total apertura al Espíritu que nos hace continuar, en la novedad de las situaciones, el mismo camino de Cristo (cf. *Lumen Gentium*, n. 8).

El aliento misionero de la escuela se funde, por tanto, con su profundidad personal de asimilación y comunión, como sintetiza la Const. 20: “Los redentoristas son apóstoles de fe robusta, de esperanza alegre, de ardiente caridad y celo encendido. No presumen de sí y practican la oración constante. Como hombres apostólicos e hijos genuinos de san Alfonso, siguen gozosamente a Cristo Salvador, participan de su misterio y lo anuncian con la sencillez evangélica de su vida y de su palabra, y por la abnegación de sí mismos se mantienen disponibles para todo lo arduo a fin de llevar a todos la redención copiosa de Cristo”.

Alfonso V. Amarante

Teología moral

La profundización de la teología moral ha sido siempre vista por los Redentoristas como una parte importante de su misión. No se puede anunciar el amor misericordioso de Dios en Cristo sin anunciar al mismo tiempo cómo acogerlo y cómo responderlo.

En los Estatutos Generales se pide a todos los Redentoristas aplicarse "de modo particular al estudio de la teología moral y pastoral y a la espiritualidad, según la historia y la índole de la Congregación" (n. 023). S. Alfonso creyó que quien era destinado a la enseñanza de la teología moral "tenía que ser el mejor sujeto de la Congregación porque, para nosotros, la Moral es la ciencia que nos es más necesaria" (*Lettere* I, Roma 1887, 598). Por lo demás, gran parte su vida la dedicó justamente a la profundización de la teología moral, a menudo fusionando las exigencias de la verdad con las de la historicidad, frecuentemente dramática, del hombre.

El hacer teología moral, para los Redentoristas se caracteriza por una clara huella pastoral. Esto no significa abandono de las instancias científicas propias del discurso teológico, sino dejarse interpelar constantemente por la realidad a fin de discernir en ella la presencia del Espíritu, que está llevando a plenitud el plan de salvación del Padre en Cristo. Es el camino delineado por el Vaticano II en la *Gaudium et spes*.

También en la teología moral los Redentoristas están convencidos del deber de "continuar el ejemplo" del Redentor evangelizador de los pobres: compartiendo con ellos alegrías y esperanzas, sufrimientos y tristezas, quieren anunciarles la posibilidad de liberación y de plenitud que Cristo nos dona con su Espíritu.

De aquí que la característica de benignidad pastoral con que es elaborada la propuesta moral: "las alegrías y las exigencias del itinerario de Cristo" (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1697) vienen concretadas por el ángulo de visión de la persona llamada a vivirla, empezando por los que son más débiles. Y esto, no para relativizarlas, sino para que puedan ser acogidas como alegrías y exigencias haciéndolas posibles por la gracia: "Puesto que Dios nos ha amado primero (cf. 1Jn 4,10), ahora el amor no es ya sólo un "mandamiento", sino que es la respuesta al don del amor con que Dios viene a nuestro encuentro" (*Deus caritas est*, n. 1). Reconduciendo todo al mandamiento del amor, los Redentoristas se esfuerzan por hacer así que la propuesta moral permita experimentar que

"el "mandamiento" del amor es posible porque no es solamente una exigencia: el amor puede ser "mandado" porque primero ha sido donado" (ibi, n. 14).

La verdad moral será propuesta como "medicina" para el hombre herido por el pecado: quiere curarlo, darle nuevas oportunidades, proyectarlo hacia la santidad. El punto de referencia siempre será la "conducta" del Redentor, como no se cansó de repetir S. Alfonso: "considerando la presente fragilidad de la condición humana, no es siempre verdadero que sea más seguro encaminar las almas por la vía más estrecha, puesto que vemos que la Iglesia ha condenado más veces ya sea la excesiva libertad ya sea el excesivo rigor" (*Teologia moralis*, II, Roma 1907). Juan Pablo II en la carta *Spiritus Domini* recoge estas afirmaciones para subrayar que Alfonso ha sido "el reformador de la moral", añadiendo que se trata de "palabras admirables" [AAS 79 (1987) 1367-1368].

En la propuesta alfonsiana, toda la vida moral mana de la memoria, renovada constantemente sobre todo en la oración, del "antes" del amor de Dios en Cristo. Basta con leer los primeros capítulos de la Práctica del amor a Jesucristo con su insistir en la economía del "don" con el que Dios trata de "ganarse" el corazón del hombre. Entonces, el imperativo moral podrá ser experimentado como corazón que es impulsado a responder. En cuanto reconocida y dictada por la conciencia, la ley moral no se opondrá a la libertad, sino que le indicará la vía de la auténtica realización en solidaridad con los demás.

Sabatino Majorano

Uniformidad con la voluntad de Dios

El tema de la uniformidad con la voluntad divina forma parte, en la teología espiritual, de un tema todavía más vasto y difícil como es la unión con Dios, cómo se alcanza, cuándo ocurre, itinerario, meta, medios, etc., etc.

El tema de la uniformidad con la voluntad de Dios es uno de los más peculiares en el lenguaje del Doctor San Alfonso de Liguori; ampliamente usado, sobre todo en la "Práctica del amor a Jesucristo", pero también en la "Preparación para a la muerte", dicho tema indica la perfecta unión de la voluntad humana a la divina, por lo que no hay dos voluntades, sino una sola. Y ésta, enseña el insigne Doctor, es la plenitud del amor. En el "Apartado" al Cap. XXXVI escribe así: "toda nuestra salvación y toda la perfección consiste en el amar a Dios. Quien no ama no tiene vida (1Jn 3,14). La caridad es el vínculo de la perfección (Col. 3,14). Pero la perfección del amor consiste, pues, en uniformar nuestra voluntad a la divina ya que éste es el efecto principal del amor: unir la voluntad de los amantes".

Francesco Ansalone

Vida Apostólica

Mirando a nuestro alrededor descubrimos (a veces con sorpresa) que cada uno de nosotros se esfuerza por construirse un estilo de vida, tal vez influenciado por mensajes que vienen del exterior. Cada vez más frecuentemente, chicos y jóvenes se imponentan su estilo de vida inspirándose principalmente en las estrella del momento o en los campeones que están en el podio. Primera manifestación de este estilo de vida, generalmente, es el adoptar una aparición externa (vestidos, modales) que recuerdan a aquéllos.

Con el término de "vida apostólica", el redentorista entiende esencialmente un estilo de vida por el que son "seguidores (continuadores), del ejemplo de Cristo Redentor": una vida que comprende y reviste junto a la vida de especial dedicación a Dios (= el redentorista se consagra a Dios a través de los votos religiosos y la actividad misionera) otras mil formas posibles.

Objetivo de la vida apostólica es el anuncio del Evangelio, de modo especial a los pobres, con el que Cristo ha querido identificarse y vivir el mismo espíritu que animó a la primera comunidad de los apóstoles, como se lee en el libro de los Hechos (cf. Hech 2). Esta referencia bíblica es paso obligado para la reflexión personal y comunitaria del Redentorista.

Pues la misión de Cristo Redentor es la razón de vida del Redentorista. Con la profesión de los votos religiosos él se asocia a la misión de Cristo, y con la profesión religiosa hace el acto decisivo de toda su vida misionera: elige el celibato, abraza la pobreza, y se somete a la obediencia para dedicarse "con plena libertad" a la misión de Cristo. Por la pobreza, el redentorista se siente obligado a la ley del trabajo y, junto a sus cohermanos, testimonia la pobreza evangélica personal y comunitaria, manteniendo un estilo de vida conforme al de los pobres. Además, tiene el deber de solidarizarse con los pobres, promoviendo sus derechos fundamentales y haciendo propias sus legítimas aspiraciones.

Claramente, es un estilo de vida influenciado por el acontecimiento-Cristo, necesariamente teniendo en el centro a la persona de Cristo: se trata de vivir como Jesús, actuar como Jesús. Sobre el ejemplo de Cristo, por lo tanto, el Redentorista anuncia la abundancia de la Redención, viviendo en fraterna solidaridad los problemas del hombre.

Viviendo este estilo de vida, el Redentorista termina convirtiéndose con pleno título en socio y ministro de Jesucristo en la obra de la Redención y participa en la misión de la Iglesia que es "sacramento universal de salvación".

El aspecto de la secuela de Cristo (seguir a Cristo, seguir haciendo como hizo Cristo) propone por lo tanto el mismo estilo de Cristo: vía de la castidad por el Reino, de la pobreza y de la obediencia, vía del anuncio directo y explícito del Evangelio o, cuando éste no es posible, del testimonio silencioso.

El anuncio y el testimonio de Cristo señalan el estilo apostólico de la vida del Redentorista: él se esfuerza a ser un humilde y audaz servidor del Evangelio, consagrando a este objetivo todas sus energías y poniendo en común los dones y carismas personales.

No se puede hablar de vida apostólica en el Redentorista si echa de menos el mundo y sus esperanzas o si se ampara en una forma de devoción centrada en sí mismo. Es necesario que dé testimonio: el testimonio de la palabra, el testimonio de la esperanza que está en él, el testimonio de la conversión (el primer llamado a convertirse es justamente él), el testimonio del celo apostólico hacia los fieles.

Este estilo de vida apostólica encuentra su manantial y su cumbre en la liturgia, especialmente en la eucaristía; en ella, el redentorista encuentra la fuente para revitalizarlo, así como también el misterio de Cristo Salvador de los hombres y encuentra en ella aquellas energías necesarias para la solidaridad misionera que lo impulsa hacia los hermanos. El Redentorista considera la eucaristía signo de la solidaridad misionera y, con la oración personal y comunitaria, aumenta el espíritu misionero.

El estilo de vida apostólica comporta el vivir y trabajar en común, sencillez de vida y de palabra, y simplicidad y sinceridad de corazón. Los Redentoristas desarrollan su misión en la Iglesia reunidos en comunidad y todos son responsables de esta misión.

Salvador Brugnano

Virgen del Perpetuo Socorro

La Beata Virgen María, Madre de Dios, íntimamente partícipe en la economía de la salvación, especialmente en el misterio de la Redención obrado por Cristo, coopera con su Hijo en la salvación de los hombres. En consecuencia, es para todos Madre del Perpetuo Socorro.

Su imagen bajo este título, según una antigua tradición, fue llevada a Roma, desde la isla de Creta, hacia finales del siglo XV y colocada en la iglesia de S. Mateo en la calle Merulana durante el pontificado de Alejandro VI. Allí fue venerada por los fieles durante unos tres siglos. Posteriormente, destruida la iglesia bajo el gobierno napoleónico, también desapareció el icono hasta que, providencialmente, fue hallado en 1866. Se confió entonces, por voluntad del Sumo Pontífice Pío IX, a los Redentoristas que la expusieron a la pública veneración en la iglesia del Santísimo Redentor dedicada a San Alfonso.

Desde entonces, el culto a esta imagen milagrosa ha ido siempre creciendo entre los fieles, y ahora es muy difundida en todo el mundo.

Misal redentorista

Vocación

El término significa literalmente llamar, convocar, invitar. Comúnmente, con esta palabra entendemos la respuesta de parte del hombre a la llamada de Dios.

En la Biblia, con este término se quiere describir una relación profunda entre Dios y su pueblo. La vocación se conecta sobre todo con la llamada a la vida. Es una invitación divina a continuar la obra de la creación. En el Antiguo Testamento, la vocación indica que un hombre ha sido elegido por Dios para una tarea o una misión. En los Evangelios, Jesús llama a sus discípulos a seguirlo y a continuar su misión.

Hoy, el concepto de vocación recuerda que todos son llamados y cada uno responde según sus propias capacidades. La vocación no es nunca un hecho consumado. Toda opción auténtica obliga a la persona a redescubrir siempre los motivos de la elección, y a remotivarlos.

Desde el punto de vista teológico se recuerda que la palabra vocación debe ser aplicada a cualquier estado de vida. Toda persona es objeto del amor personal de Dios que la llama a la santidad. El hombre no sólo tiene una vocación, sino que es vocación. Sobre esta base, el tema 'vocación' se articula de diferentes maneras:

- **la vocación a la vida:** es la llamada universal. Todo hombre está llamado a un desarrollo, porque toda vida es vocación.
- **la vocación cristiana:** la llamada a realizar la propia vida en Cristo y en la Iglesia a nivel personal y comunitario.
- **las vocaciones específicas:** la llamada particular señalada por la radicalidad de la respuesta al don de Dios, sacerdotal o religiosa.

Los elementos constitutivos de la vocación pueden sintetizarse así: *la elección, la llamada, la misión, la asistencia*. Cuando Dios llama, realiza una elección que se expresa mediante una palabra dirigida al hombre. Con la llamada, Dios confía una misión. Esta misión necesita de la asistencia divina que consiste en que Dios va al encuentro en las dudas y en las necesidades del hombre en el camino exigente de la respuesta.

En el pensamiento alfonsiano, Dios llama a toda persona a la santidad y le otorga una vocación específica así como el modo de realizarla. El santo invita,

por tanto, a cada uno a descubrir el proyecto de vida que Dios tiene para toda persona y a realizarlo escuchando la voluntad de Dios. También invita a agradecer a Dios y a amar la propia vocación. Según Alfonso, la vocación es la manifestación de la voluntad de Dios en la vida del hombre y necesita el don de la perseverancia para realizarla. Él insiste en que el puesto privilegiado corresponde a la vocación religiosa. El estado religioso es más conforme a la vida de Jesús. Quien se siente llamado y no contesta a la vocación, compromete la propia salvación.

La PJVR recuerda que la vocación no es algo exterior a la persona, sino que es, más bien, algo que explica la raíz del misterio de su existencia. Nuestra vocación y nuestra felicidad consisten en llevar a plenitud el amor. La vocación del hombre se define por tres realidades: Dios que lo llama a la vida, la comunidad en la que nace, y su propia persona que es el medio para cumplir la vocación confiada por Dios al mismo.

En su apostolado, la PJVR trata de descubrir a los jóvenes que la vocación cristiana es el ser discípulo de Jesucristo. La PJVR, en el proceso de acompañamiento a los jóvenes, trata de ayudarlos para que comprendan mediante el discernimiento las diferentes vocaciones específicas en las que se concreta la vocación cristiana. Dentro de este proceso, llegado el momento, se hará especial hincapié en la vocación específica redentorista. Al poner en las siglas PJVR, la "V" de "vocación" quiere decir que aquella es un pastoral que trata de responder a la llamada y a la búsqueda que nacen del bautismo cristiano. En efecto, un signo del carisma redentorista es ayudar a descubrir la vocación y a encarnar el evangelio en un proyecto de vida.

En esta línea, los Redentoristas son llamados por Dios a cumplir su obra misionera. Nuestra Regla de vida ilustra, pues, el rostro del verdadero Redentorista, su vocación, su formación, pero también su preocupación por ayudar a los jóvenes a discernir su vocación. El Redentorista se pone junto a los jóvenes en perspectiva de anuncio, pero, además, de escucha. No se olvida, pues, que el mejor modo de promover las vocaciones es la oración, el ejemplo de la vida y el testimonio fraterno. También hace falta subrayar el hecho de la común responsabilidad en orden a la promoción de las vocaciones. Podríamos decir que todos los congregados son animadores vocacionales.

Pietro Sulkowski

Zenón Kovalyk

Sacerdote, nació el 18 de agosto de 1903 en Ivatsciv Horiscnij, Ternopil. Entrado en la Congregación del Santísimo Redentor, emitió los votos religiosos el 28 de agosto de 1926. Completados los estudios de filosofía y teología en Bélgica, fue ordenado sacerdote el 9 de agosto de 1932. A partir de 1932 desarrolló el apostolado misionero entre los ortodoxos en Volynia. Enviado a Lviv, desempeñó el cargo de ecónomo de la comunidad y de la metrópolis de Lviv.

Arrestado por los bolcheviques el 20 de diciembre de 1940, padeció torturas y brutales interrogatorios. Cuando el 29 de junio de 1941 la ciudad de Lviv fue tomada por las tropas alemanas y las prisiones soviéticas fueron abiertas, el Beato fue encontrado crucificado en la pared de un pasillo de la prisión de Brihidchy.

Misal redentorista